

UNAMUNO Y LA HISTORIA ESPAÑOLA

Para Vera y Franz Thiele, salmantinos de pro por derecho de conquista.

Don Miguel vivió intensamente la parcela de la Historia española que le cupo en suerte, no sólo como espectador, sino como actor, y ello desde la cuna a la sepultura.

El 28 de octubre de 1873, estallaba la segunda guerra carlista, cuando el futuro *excitator Hispaniae* estaba a punto de hacer la primera comunión. A lo largo de esa, sería animado testigo del sitio y el bombardeo de su villa natal de Bilbao¹. El 12 de octubre de 1936, por una palabras solemnemente pronunciadas, en su calidad de rector, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, entraba en la Historia de nuestra postrera guerra civil². De la primera le brotó la favorita de sus obras, la obra maestra que siempre será la novela de veras histórica *Paz en la guerra*³. A la segunda la había venido pronosticando, a lo largo de sus artículos del gran diario madrileño *Ahora*, en las singladuras de su última agonía, de la cual, la muerte repentina del último día de aquel año, no fue sino el desenlace físico de un hondo drama espiritual⁴. En el intervalo, había sabido hacer

¹ Al relato del bombardeo dedicó el cap. 15 de sus *Recuerdos de niñez y mocedad*. "En él termina propiamente mi niñez y empieza mi juventud con el bachillerato... El bombardeo de la villa marca el fin de mi edad antigua y el principio de mi edad media. De antes de él apenas conservo sino reminiscencias fragmentarias; después de él viene el hilo de mi historia", escribe allí.

² No se han acabado de aclarar los detalles del incidente. Véase la versión de E. SALCEDO: *Vida de don Miguel* (Salamanca 1964), págs. 409-13. Difiere la de H. THOMAS: *The spanish civil war* (Londres 1961), págs. 353-55. Trata de escudriñar más, M. T. RUDD: *The lone heretic Miguel de Unamuno y Jugo* (University of Texas, Austin, 1963), págs. 293-316.

³ Véase nuestro prólogo a *Paz en la guerra* en la edición de "El cofre del bilbaíno", 23 (Bilbao 1972). La misma colección había publicado en 1965 *Mi bochito*, recopilación de sus demás escritos sobre la villa por don MANUEL GARCÍA BLANCO.

⁴ Para los textos unamunianos sobre la guerra civil, véase E. DÍAZ: *Unamuno. Pensamiento político* (Madrid 1965), índice *ad vocem*. Así en el núm. 227 se recoge: "¡Desgraciado del hombre que no ha conocido la guerra intestina dentro de sí, que no ha conocido aquella lucha íntima de que habla el Apóstol! Y ¡desgraciado del pueblo que no conoce la guerra civil, la fecundísima guerra civil! ¡Un pueblo que no entra en la historia sino por la guerra civil! Formóse en nuestra niñez y mocedad nuestro espíritu ahí, en esa bendita tierra vascongada, fecundada para su futura historia por dos guerras civiles, en plena guerra civil. Y así llegamos al alma de nuestro pueblo, así llegó el alma de nuestro pueblo a nosotros. ¡Benditos aquellos

compatible su retiro contemplativo de la entonces tranquila Salamanca con un cierto activismo en el hacerse de la España coetánea. Sus comienzos socialistas, su destitución de rector durante la guerra europea, su emigración y destierro bajo la dictadura de Primo de Rivera y su participación en la política de la segunda república, son hitos de envergadura que lo pregonan⁵.

Pero no vamos a tratar nosotros de este aspecto. Es de la elaboración de la pasada historia hispana en la obra de don Miguel —y por supuesto en su vida, a cada vocablo plasmada en esa— de lo que intentaremos ocuparnos. Y antes de entrar en materia, destaquemos como él mismo postuló con vehemencia el entronque, en las mentalidades de los españoles de su tiempo, con los haceres, padeceres y sentires de quienes les habían precedido. En 1932 escribía a guisa de prólogo a su novela *La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez*⁶:

¿No vive acaso Dios, la Conciencia Universal, en el gran mundo —macrocosmo—, en el Universo que al soñarlo crea? ¿Y qué es la historia humana sino un sueño de Dios? Por lo cual yo, a semejanza de aquella sentencia medieval francesa de *Gesta Dei per francos*, o sea “Hechos de Dios por medio de los francos”, forjé esta otra de *Somnia Dei per hispanos*. Que los que vivimos la sentencia calderoniana de que “la vida es sueño”, sentimos también la shakesperiana de que estamos hechos de la estofa misma de los sueños, que somos un sueño de Dios y que nuestra historia es la que por nosotros Dios sueña.

Y, a su vez, en el mismo lugar arriba citado, artículo de *El Sol*, datado el 14 de enero del mismo año⁷:

años del 72 al 76, que nos descubrieron lo mejor de nuestro pueblo, lo que le ha de hacer entrar de lleno en la historia!”. Escribía así en “Hermes” de Bilbao, en 1918. Su postura frente a la última guerra hubo de ser muy otra. Véase en *L'espoir* de Malraux, el relato del incidente del 12 de octubre, en boca del personaje Dr. Neubourg, jefe de una de las misiones de la Cruz Roja: “—Quand je l'ai quitté dans ce lit, amer et morose, entouré de livres, j'ai eu l'impression de quitter le XIX^e siècle”, II parte, caps. 8 y 9.

⁵ Véanse vg., R. PÉREZ DE LA DEHESA: *Política y sociedad en el primer Unamuno. 1894-1904* (Madrid 1966); y J. BÉCARUD: *Miguel de Unamuno y la segunda república* (Madrid 1965). Las *Memorias políticas y de guerra* de Azaña son reveladoras del papel que se atribuía don Miguel en la gestación del nuevo régimen.

⁶ Texto en *Obras completas*, ed. García Blanco (Madrid 1958; en adelante = O.C.), XVI, págs. 569-70.

⁷ O.C., V, 69-71. Dados nuestros expresos propósitos, se comprende que también nos mantengamos al margen de la detección en sus personajes de la autobiografía unamuniana, incluso en la misma *Paz en la guerra*. Por cierto que, en cuanto a la encarnación de don Miguel en Pachico Zabalbide, del Unamuno de fuera casi nada podemos atisbar en él. Pachico en sí mismo aparece tan solo como un personaje del todo mirándose hacia adentro e incluso haciendo que con la suya allí le convergieran las miradas de los demás. Hay, sin embargo, por lo menos, una excepción, en el relato sencillo de cómo abandonó la práctica religiosa, un buen domingo de sus estudios matritenses: “El primer curso iba a misa todos los días y comulgaba mensualmente, pensando mucho en su país, más que en el real en el

Y es por esto por lo que vengo insistiendo y volviendo a insistir en que se críe a la generación nueva en el hondo sentimiento de la historia patria, en el arregosto de la tarea cotidiana, en el consentimiento del lazo que nos une con los que nos han hecho españoles. Porque aquí la historia es historia española, y España es su propia historia, su obra. *Gesta Dei per francos*, los gestos; es decir: las acciones o hazañas de Dios por medio de los francos —dijeron éstos—. *Somnia Dei per hispanos*, los sueños de Dios por medio de los hispanos —digamos nosotros—. Y este será el más profundo sentimiento de la patria y de su historia.

Acabamos de decir que no vamos a ocuparnos de la historia que Unamuno vivió. Y sin ser infieles a ese propósito, creemos poder citar unas líneas del prólogo-epílogo a la segunda edición de *Amor y pedagogía*, dado en 1934, a treinta y dos años de distancia de la primera⁸, donde aludiendo a ese interludio, caracteriza don Miguel mismo como "Historia" el tiempo por él pasado. Un indicio más de su estimación de la misma:

¡Treinta años y pico! ¡Y qué pico más picoteador y hasta más picante! Más de treinta años han pasado por mí. No, no han pasado, sino que se me han quedado. ¡Y cómo! ¡Qué años de apretada vida natural, civil y espiritual, de historia familiar y de historia patria! Y de historia universal⁹.

El 4 de septiembre de 1933, angustiado ya por el barrunto de la tragedia del país, dándonos una muestra de cómo su recurso a la Historia no era en él un latiguillo de hombre de letras sino una verdadera medicina vital, estamos tentados de decir que un psicofármaco, escribía en *Ahora*:

He ido a buscar en esas dos cuartillas de letra apretada —como patitas de moscas, que se dice—, que guarda mi vieja *Pharsalia* patavina, un relativo consuelo para las congojas que costrñen mi espíritu a la visión de esta guerra, más que civil, que desvela los campos erizados de jarales

fantástico que le habían dejado sus lecturas, y lleno de una soñadora melancolía. Seguía a la vez trabajando en su fe, preocupándole más que otra cosa el dogma del infierno, en el que seres infinitos sufrieran penas íntimas. La labor de racionalizar la fe íbala carcomiendo, despojándola de sus formas y reduciéndola a substancia y jugo informe. Así es que al salir de misa en la mañana de un domingo —hacía mucho tiempo que no iba a ella sino en los días festivos— se preguntó qué significase ya en él tal acto y lo abandonó desde entonces, sin desgarramiento alguno sensible por el momento, como la cosa más natural del mundo".

⁸ O.C., II, 428.

⁹ Sobre su simbiosis entre la actuación individual política, la creación literaria, y la historia, había escrito en *Nuevo mundo*, el 6 de octubre de 1922, bajo el título de *Poesía y política*: "¡Que haga novelas y dramas! ¿Es que sin hacer política, sin política, podría hacerlos? Haciendo mi primera novela *Paz en la guerra*, eché los cimientos de mi concepción política, histórica, de nuestra España... Que la política es poesía y la historia es drama. Y todo lo demás... ¡literatura académica!" (O.C., X, 516).

y cambronerías y he sentido que soplabá sobre mí el aliento del Hado. He recordado a Pompeyo, a César, a Catón. Luego a Don Quijote¹⁰. Y luego me he repetido: ¡Sueños españoles de Dios!¹¹.

Y sin embargo, en alguna ocasión, había intentado, a fuerza de profundizar en la Historia, encontrar el meollo del hombre de carne y hueso —el hispano concretamente, desde luego— trascendiendo a ella. Y así en 1917, en *Hermes* de su nativo Bilbao, aludiendo a la opinión orteguiana de ser barroco el paisaje español, la cual él matizaba asintiendo sólo a una su barroquización por los españoles, sentaba¹²:

Es que vertemos en él el barroquismo de nuestro espíritu, este ansia loca por violentar las formas para romperlas y reposar en lo informe, en lo que no pasa, en el puro fondo, en el puro contenido sin continente alguno, en la tierra. En la tierra pura, en el caos primitivo que estaba desordenado y vacío cuando las tinieblas eran sobre la haz del abismo y el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas (*Génesis*, I, 2), antes de empezar la historia. *Y el alma española propende siempre a librarse de la pesadilla de la historia. ¿No somos aquí todos, como el gran aragonés Miguel de Molinos, quietistas, en el fondo nihilistas?*

¿Inconsecuencia? No tanto. Tengamos en cuenta que el temperamento de don Miguel era monopolísticamente “religioso”¹³. Y que por intensa que su pasión por la Historia —y por la lengua— fuese, su vocación y su instinto le llamaban continuamente a una esfera de preocupaciones metafísicas que incluso en el plano de la psicología colectiva, al fin y al cabo en la Historia aprendida, tenían que reflejarse por medio de algunas aspiraciones cual la expresada en las líneas que anteceden, aparentemente un tanto despectivas hacia la Historia misma¹⁴.

¹⁰ Es ocioso insistir sobre las muchas veces en que Unamuno ponderó la “realidad” —[histórica por supuesto!— de don Quijote.

¹¹ *Notas a Lucano, O.C.*, V, 251.

¹² *La labor patriótica de Zuloaga, O.C.*, XI, 613. Cf. el comentario de don Miguel a las “cinco cosas” de que se ha de despegar y negar quien pretenda llegar a la ciencia mística, según la *Guía espiritual* de su tocayo Molinos, en *Del sentimiento trágico de la vida*, X (en *O.C.*, XVI, 345). Notemos cómo opina: “Muy español Molinos, sí, y no menos española esa paradójica expresión de quietismo o más bien de nihilismo —ya que él mismo habla de aniquilación en otra parte— *pero no menos, sino acaso más españoles los jesuitas que le combatieron volviendo por los fueros del todo contra la nada*”. Es decir, nos preguntamos nosotros, ¿por los fueros de la Historia?

¹³ Recordamos la clasificación hecha por el agustino Saturnino Álvarez Turienzo, en una espléndida conferencia que le oíamos en El Escorial en 1957, de los temperamentos éticos, estéticos y religiosos. De los primeros habría sido Felipe II.

¹⁴ La índole específicamente “histórica” del cristianismo como religión —hasta un cierto análisis no salta a la vista su diferenciación en este sentido de los demás credos— no creemos penetrara mucho en la manera unamuniana de sentir él al cristianismo. Más bien opinamos vería en ella una cierta superestructura protestante y católica a lo esencial de ese. Véase H. I. MARROU, en *L'Histoire et ses méthodes*

Pero de como valoró esta, es prueba su postura de confianza frente al futuro, una vez enfocado este de las alas suyas y visto como engendrado por ella. El 23 de noviembre de 1934¹⁵ exclamaba en *Ahora*:

¡Ay, pobre España nuestra! ¡Cuándo podrá decir un día ante el anuncio del ángel de la Historia: "He aquí una sierva del Señor; sea en mí según tu palabra"!

Y en una de sus muchas predicaciones del evangelio de Nuestro Señor don Quijote, y bien temprana esta, y en dolorosa fecha histórica, el 25 de junio de 1898:

España, la caballeresca España histórica, tiene como don Quijote que renacer en el eterno hidalgo Alonso el Bueno, en el pueblo español que vive bajo la historia, ignorándola en su mayor parte por su fortuna. La nación española —la nación, no el pueblo— molida y quebrantada, ha de curar, si cura, como curó su héroe, para morir. Sí, para morir como nación y vivir como pueblo¹⁶.

Ni que decir tiene que tampoco nos proponemos aquí la ambiciosa tarea de investigar la noción unamuniana de la psique colectiva española. Pero nos parece conveniente citar estas reflexiones que al magín le vinieron en uno de sus recorridos "*por capitales de provincia*":

Son muchos los españoles, y españoles muy cultos, que creen que somos un pueblo refractario a la alta y desinteresada especulación filosófica, un pueblo afilosófico. Nuestro realismo tan pegado a tierra parece darles razón. Séneca, el moralista, no fue en rigor un metafísico. Pero yo creo más bien que nuestra filosofía, la que anda difusa y esparcida en nuestra literatura, y no en obras estrictamente filosóficas, está por formular; yo creo que nuestro realismo, lo que yo llamaría, con una expresión que a muchos parecerá paradójica, nuestro espiritualismo materialista, esto de tomar el espíritu a lo material, no ha encontrado aún quien lo sistematice¹⁷.

(Paris, *Encyclopedie de la Pléiade*, 1961, libro colectivo dirigido por Charles Samaran), pág. 17. También, en dos planos algo distintos, H. BUTTERFIELD: *El cristianismo y la historia* (trad., Buenos Aires 1957), y el mismo MARROU: *Théologie de l'histoire* (Paris 1968). Otra cuestión es la del cristianismo como religión "cultural", acentuada la nota desde luego en el de la Edad Media occidental. Para ello, otra vez MARROU, en *Il passaggio dell'antichità all'alto medioevo in Occidente* (IX Semana de estudio; Spoleto 1962), pág. 617. La postura de don Miguel no nos cabe duda fue hacia esta más afirmativa.

¹⁵ *Revida de España*; O.C., V, 94.

¹⁶ ¡Muera Don Quijote!; O.C., V, 713. Cf. MANUEL AZAÑA, en su conferencia *Tres generaciones del Ateneo* (incluida en su libro *La invención del Quijote y otros ensayos*). Pronunciada en vísperas de la segunda república, es un buen botón de muestra para mostrar la continuidad con el 98 de uno de los sectores de la intelectualidad burguesa que dieron vida al nuevo régimen.

¹⁷ *De Andanzas y visiones españolas*. Datado el artículo en Salamanca, en septiembre de 1913; en O.C., I, 691.

Y que el carácter hispano era una permanencia heredada de la Historia, y por ende que para don Miguel la historia de su país era toda ella contemporánea en un sentido más de carne y hueso que el que Croce diera a su aseveración incondicionada de tal equivalencia, lo expresó él mismo a punto de trasponer la madurez de su vida:

¿Que la historia da vueltas? Sí, pero en derredor de un quicio. ¿Que cambia? Sí, pero sobre un fondo permanente. Todo se repite. Y por lo que hace a España, nuestra más moderna historia apenas si se diferencia de la de la Hispania que conocieron Polibio y Tito Livio. Del galo de Julio César al francés de hoy podrá haber diferencia; pero del ibero de Escipión al español de nuestros días apenas si la hay. Andan por estas tierras todavía Indibil y Mandomio, si no al norte del Ebro, al sur del Estrecho de Gibraltar. Porque España o el Rif es todo uno y lo mismo. Aunque no sea uno y lo mismo rey y emperador¹⁸.

No puede cabernos duda alguna, a la vista de la antecedente cita, de la opinión que a don Miguel le habría merecido la tesis de Américo Castro de la inoperancia para el hacer de España de su pasado anterior a la concurrencia en el solar del país de las tres religiones en su singladura medieval, y de como habría acogido con los brazos abiertos la antagónica postura de don Claudio Sánchez Albornoz, tan valoratoria de la pervivencia a lo largo de la romanización y después y sin excluir a los españoles de Roma aunque a emperadores llegaran, de los ingredientes indígenas. Pero vayamos por partes.

El viajero meditador del pasado

Meditador hemos escrito, y nos arrepentimos un tanto. Sentidor hubiésemos debido estampar. Porque don Miguel, ante la historia española, más que evocada encarnada en sus naturales escenarios —paisajes y no sólo monumentos, muy a menudo¹⁹— fue también un sentidor, como en todo el resto de su obra y su vida. Pero un sentidor, en este caso, intelectual, que meditaba.

No es cuestión de hacer un *excursus* por los innúmeros rincones en que, a la vista de la misma geografía española, don Miguel se asomó con su profundidad inseparable, a la historia que la tuvo por marco. Sólo citaremos unos pocos ejemplos.

¿Por qué le atrajo tanto Yuste y su recuerdo carolino? La pregunta sería digna de un desarrollo para el que aquí oportunidad nos falta. ¿Bus-

¹⁸ *Rey o emperador o la primera batalla de Bailén*, en *Nuevo mundo* de 26 de mayo de 1922; *O.C.*, V, 50.

¹⁹ Así en *Canciones y poemas de Hendaya*, II, núm. 655, "la nava salamanquina / al sol entre Duero y Tajo", "Castilla / de España castillo mágico, / de León, frontera muerta / en soledades del páramo", que escribe allí; *O.C.*, XV, 364.

caríamosla una incipiente respuesta en la frustrada vocación claustral unamuniana? Dejémoslo. Lo cierto es que el monasterio extremeño le reclamó muchas veces. Le visitó en 1908 para escribir ²⁰:

Junto a la iglesia está el llamado palacio de Carlos V, con su amplio mirador que se abre a un vallecito de frondosidades, y más allá, por una escotadura entre las lomas, la vasta llanura soleada, y en lontananza los contornos azules de remotas sierras. Parece, visto desde el mirador aquel, que es un mundo limitado, un campo de aventuras, el que se nos despliega allende la abertura de la soledad del monte. Y yo pensaba que, contemplando el emperador aquellas extensiones que se pierden de vista, pensaría muchas tardes de otoño, a la hora de acostarse el sol, en todo lo que tras de sí había dejado: la ruta de los comuneros, los esplendores de América, la captura de Francisco I, la dieta de Worms. Y pasarían por su mente Padilla, el cardenal Adriano, Hernán Cortés, Pizarro, Lutero y tantos otros gigantes de aquel su reinado tan henchido de Historia. ¿Cómo fue aquel hombre a enterrarse en aquellas soledades serranas? ²¹.

Y quince años más tarde, luego de haber tornado al lugar, pero esta vez desde su Gredos predilecto, llegaba al símbolo, según sus propias palabras:

Mas con todo esto volví a gustar la permanencia de las montañas. Y volví a sentir lo que es la España que permanece, la que queda por encima y por debajo de la España que pasa. Y al sentir tronar y descargar la tormenta a nuestros pies, en los llanos, mientras el sol nos acariciaba, pensaba que esta tormenta —la de las responsabilidades y su ámbito²²— pasará, que lucirá el sol de la justicia y que resurgirá —surgirá más bien— la España que permanece. Carlos I, el primer Habsburgo de España, encerrándose en vida en un repliegue del rosario de España, de su corazón de roca podríamos decir, a la vista de los llanos de los conquistadores, es un profundo símbolo. Las dos veces que he visitado Yuste —y hay quien tiene cierta obligación de visitarlo— sentí adentrárseme el corazón patrio al contemplar aquella caja de madera que guardó una docena de años el cuerpo del que fue emperador antes que le trasladaran a ese horrendo panteón del Escorial. Mejor allí, entre seis tablas de madera de la sierra,

²⁰ *Yuste*, en *Por tierras de Portugal y de España*; O.C., I, 480.

²¹ En el destierro vascofrancés de Hendaya evocaba en 1926: "Desde aquí veo a diario al otro lado de la frontera, allende el Bidasoa, la ciudad de Fuenterrabía, al pie del Jaizquibel, y a las ruinas del castillo de Carlos el Emperador, el Habsburgo que fue a enterrarse vivo a Yuste, envueltas por la yedra. Y esta yedra, sudario de ruinas del imperio, ahí, en el umbral de mi España, me habla con lengua de siglos". (*Hojas de yedra*; O.C., X, 780). Véase *Poemas y canciones de Hendaya*, II, núm. 1205; O.C., XV, 557.

²² Podemos preguntarnos si no fue perjudicial para la obra perenne de don Miguel, la que permanece, su intervención clamorosa en las querellas que pasaron. Nos referimos concretamente al período del directorio. Cierto que su destierro le alejó de esa serenidad hogareña donde se incubó cuanto nos ha legado. Pero le valió la añadidura benéfica del descubrimiento de Fuerteventura.

de árboles que arraigaron entre rocas españolas. ¡Ah, ser enterrado entre seis tablas de una de estas robustas encinas castellanas, de hoja perenne inmóvil al viento de la tormenta, de flor que se esconde entre las hojas y de rojo corazón con que hacen melodiosas chirimías los zagales! ²³.

Poco antes ²⁴ había escrito, divagando en torno a la condición española o germánica del cesar flamencoborgoñón ²⁵:

Aquí vino a olvidar el ensueño de su bisabuelo tudesco Federico III, el del lema AEIOU: *Austria est imperium orbis universi*. Vino a enterrarlo, a enrocarlo más bien, en Yuste, en ese rocoso cuenco serrano, perfumado de jara y de tomillo bravo, donde la bóveda celeste se apoya en tormos y por una escotadura se columbra la llanada extremeña. ¡Morirse en aquella armadura de granito, repasando sus luchas con los luteranos, el desquite en los moriscos, la refriega con los comuneros, el saco de Roma, y luego los brazos rollizos de Bárbara, cuyo hijo, el futuro vencedor de Lepanto, aguardaba allí cerca, en Cuacos, la misteriosa y furtiva caricia imperial! ¡El *plus ultra* se le convirtió allí, al pie de Gredos, donde las aguas corren al Tiétar, nido de tercianas, en un *plus sursum*!

También su hijo y sucesor, Felipe II, atrajo sus inquietudes. A propósito de la espléndida novela de Enrique Larreta, escribía en Salamanca en 1909:

Poco después estuve en Simancas, y allí corroboré lo que ya se sabe, y es cuán papelero era Felipe II, aquel feroz grafómano, que llenaba los márgenes de las comunicaciones y escritos de notas de toda clase, no pocas veces de una simplicidad y hasta necesidad notorias. La cuestión era marginarlos con notas.

El resto de la escena en que aparece ante el terrible monarca, a quien todas las interesadas y sofisticas apologías no han logrado rehabilitar, el pobre don Alonso, paréceme de mano maestra. Alguien dirá acaso que es el Felipe II de la leyenda; pero es que el otro, el de la contraleyenda, me parece más legendario aún ²⁶.

²³ *La España que permanece (Intermedio lírico)*; O.C., I, 1014.

²⁴ En *Nuevo mundo*, del 18 de agosto de 1922.

²⁵ *De Tordesillas a Yuste*; O.C., I, 1008. Antes de dejar Yuste, releamos de don Miguel, sobre lo permanente de la Historia, esta vez en una visión madrileña, dada a luz en *Ahora* el 4 de marzo de 1933: "Su Serenidad Cibeles, Madre de los Dioses, sabe que no hay que temer a las tempestades del estanque que se tiende a sus pies, bajo su carroza; sabe lo que es la costumbre cotidiana; sabe que sobre el alma del hombre de la calle resbala la retórica jacobina como sobre ella el agua de la lluvia cuando el cielo se nubla y el aire se pone pardo". (*La Cibeles en carnaval*; O.C., I, 989).

²⁶ *La gloria de don Ramiro*, en *Por tierras de Portugal y de España*; O.C., I, 493.

Desde luego que fue "*la España imperial y monástica*"²⁷ una constante en sus retrospectivas y actualizadas preocupaciones de hombre del 98. Proa a fuer de tal hacia la regeneración del país, a pesar de su antimadri-leñismo sobre el que volveremos, Madrid no podía por menos de despertarle ansiones. Y así nos confesaba ya durante la república²⁸:

Hoy, el comentador, rico de años —y aun por herencia de siglos— y rico de recuerdos, y por herencia de esperanzas, recorre señero lo que de su Madrid de la mocedad aún vive para remozarse el corazón. Busca frescuras, ya de fuentes, ya de verdor de vida. Y a lo mejor topan sus ojos allí, en la calle de Leganitos, con una higuera, presa entre casas no lugareñas. Y *busca rinconadas, encrucijadas, plazuelas, donde se haya remansado la leyenda cotidiana. Y en esos remansos va a bañarse en agua espiritual eterna*²⁹.

Pero acaso es en verso donde más jugo nos da el rector de Salamanca por esta vía de las meditaciones históricas sobre la geografía. Uno de los más hermosos poemas de su *Cancionero*³⁰ es el ya significativamente titulado *Durium-Duero-Douro*, el cual le mereció tres versiones sucesivas, del 11 de julio de 1928 al 21 de abril de 1930³¹. En el verso final de la primera estrofa, según la última, encontramos todo un compendio de esa su manera de viajar, a la vez que por el espacio de hoy por el tiempo de ayer³²:

Arlanzón, Carrión, Pisuerga,
Tormes, Agueda, mi Duero.
Lágrimas, lígrimos, íntimos,
espejando claros cielos,
abrevando pardos campos,
*susurrando romanceros*³³.

²⁷ La frase es de su segunda visita a Yuste, *En Yuste*, de *Andanzas y visiones españolas*, datado en Salamanca, setiembre de 1920; *O.C.*, I, 819. "... y no podía apartar mi imaginación de aquella caja de madera, hoy vacía, en que el cuerpo de Carlos V de Alemania y I de España empezó a hacerse polvo, mientras su espíritu acaso caía como una gota de lluvia en la inmensa laguna, sin fondo ni orillas, de la eternidad de la Historia".

²⁸ *Los delfines de Santa Brígida*; *O.C.*, I, 952.

²⁹ Véanse también *Orillas del Manzanares*; *O.C.*, I, 964; y *Salve en Atocha*; *O.C.*, I, 982, ambos también de los comienzos del período republicano, de su colaboración en *El Sol*, que por la de *Ahora* sería sustituida, a consecuencia de discrepancias políticas con el primer diario. Empieza el segundo de tales artículos: "Un recuerdo le hizo a uno encaminar sus pasos —romero en la historia— al antiguo santuario de Nuestra Señora de Atocha, donde hace ya medio siglo visitó el sepulcro de Prim".

³⁰ Sabido es que de él forman parte estos *Poemas y canciones de Hendaya*. Es un diario poético que comprende de 1928 hasta 1936, año de la muerte de Unamuno. La primera parte de aquéllos comprende hasta el núm. 58, la segunda hasta el 1407 y la tercera hasta el 1445.

³¹ *O.C.*, XV, 182. Es el núm. 271.

³² El verso subrayado por nosotros no ha sido modificado a lo largo de las tres versiones.

³³ Véase también el núm. 467, "Tiétar, Tormes, Tajo, Duero / mellizos de las Castillas"; *O.C.*, I, 289.

Es muy densa su evocación leonesa. Por una parte, se nos muestra poseído de la majestad del recuerdo histórico, que en este caso tiene unas claras dimensiones de españolismo integral, por la vía del castellanismo unificador conquistado. Por otro, cual ya vimos en más ocasiones, deseoso de trascender la Historia misma, el tiempo a mejor decir, para sumergirse en esa eternidad señuelo constante de sus inabdicables inquietudes religiosas ³⁴:

Al recordar, San Isidoro,
tu panteón de los reyes de León
se alza en mi pecho el coro
de los sueños que hicieron la nación,
y alzo en oferta y foro
reconquista, un cansado corazón
con que la historia lloro,
la eterna, la vana revolución.

La misma dualidad entre la Historia, y su superación más allá del tiempo, encontramos en su evocación de *Toledo* ³⁵:

Sueña como queda el Tajo
sin que despiertes, Toledo,
deja pasar las veladas,
sigue cunando tu sueño.

.....
Y el imperio de la Muerte
te dará, imperial Toledo,
en vida que nunca acabe
de Dios el último sueño.

Muy rica de corporeidad es la de *Zamora* ³⁶. Tras una sarta de evocados y evocadores nombres propios, se nos da en ella parejo sentimiento trans-histórico que en las dos anteriores, esta vez de la mano de la geografía misma, que alcanza un valor de símbolo:

Zamora de torres de ojos,
Zamora del recio ensueño,
mi románica Zamora,
poso en Castilla del cielo
de las leyendas heroicas
del lejano romancero,
Zamora dormida en brazos
corrientes del padre Duero.

³⁴ *Cancionero*, núm. 1126; *O.C.*, XV, 529. El título, *León*.

³⁵ Núm. 417; *O.C.*, I, 264. Nos servimos de la segunda versión, de 5 de abril de 1932. La primera era de 21 de setiembre de 1928.

³⁶ Núm. 332; *O.C.*, I, 218.

Por si fuera poco para convencernos de que así nos encontramos con una constante unamuniana, por otra parte nada inconsecuente con la índole toda de su mensaje religioso, ahí tenemos la primera estrofa de *Madrigal de las Altas Torres*³⁷:

Ruinas perdidas en campo
que lecho de mar fue antes de hombres,
tus cubos mordieron el polvo,
Madrigal de las Altas Torres.

Y al final, enlaza paralelísticamente con el mismo símbolo, pero esta vez geológico:

Castilla, Castilla, Castilla,
madriguera de recios hombres;
los castillos muerden el polvo,
Madrigal de las Altas Torres;
ruinas perdidas en lecho
ya seco de pantano enorme.

Una cierta escapada a esa misma esfera más ansiada que está al otro lado del tiempo, la encontraba don Miguel a veces en los monasterios, en ruinas incluso, con su recuerdo que se le antojaba una permanencia de la salmodia que pasara. Así termina *Segovia*³⁸:

El Parral, escombros de preces
entre ruinas de tumbas ora;
cuenta siglos de soledades
tu madre Castilla, Segovia.

En su poema sobre el Duero había escrito ya aquello de "Escombrera de la Verde - donde se escombraron rezos", por cierto reemplazado el último verbo por "enterraron" o "dormitan los", en sendas variantes.

En *Avila*³⁹ nos topamos con la misma alternancia entre la historia externa y la realidad de los castillos interiores, a decir verdad en lugar alguno más pintiparada para una ejemplificación:

Tu sede se eriza de almenas
a fuera; por dentro, en el ábside
la sangre cuajó en los sillares,
la luz en visiones de tarde.

Una simpática evocación de San Pedro de la Nave, iglesia visigótica enriquecida por la leyenda a lo largo del posterior camino jacobeo, mani-

³⁷ Núm. 405; *O.C.*, I, 255.

³⁸ Núm. 452; *O.C.*, I, 283.

³⁹ Núm. 451; *O.C.*, I, 282.

fiesta, aunque esta vez de la mano de la permanencia nada más que biológica de los campesinos y su etnia cultural, en esos próximos tiempos de don Miguel todavía no extinta o amenazada de tramonto, la misma voluntad de superar la sin embargo bien valorada historia ⁴⁰:

Trilla una moza, nieta de Viriato
dos mil años en quince;
la dama de Elche!

En *Córdoba* ⁴¹ se contiene acaso el mejor de los versos de todo este rosario de estrofas que vamos desgranando, *Roma canta en la mezquita*. Pero huelga proseguir por este camino. Antes de desviarnos de él, recordemos el canto unamuniano a la toponimia peninsular, en el que pudo verter sus entusiasmos a la vez por la lengua, la historia y la geografía ⁴²:

Avila, Málaga, Cáceres,
Játiva, Mérida, Córdoba,
Ciudad Rodrigo, Sepúlveda,
Ubeda, Arévalo, Frómista,
Zumárraga, Salamanca,
Turégano, Zaragoza,
Lérida, Zamarramala,
Arramendiaga, Zamora.

La unidad y la variedad del país

Decíamos que no vamos a tocar, no ya sólo la intervención de nuestro rector de Salamanca en la historia española de sus días, sino ni siquiera sus posiciones ideológicas ante ella. Sin embargo, con su noción de España misma, viene involucrada la que él, nacido en Bilbao y adoptado por la dicha Salamanca, tuvo de los regionalismos de ella, de sus variedades y de su unidad. No olvidemos que tratándose de un filólogo de veras entusiasmado con su disciplina, que desde luego vivió con mucha más pasión que la impuesta por cualquier profesionalismo, la cuestión lingüística no pudo serle secundaria en ese ámbito.

La nota dominante, no sirve ocultárnoslo en beneficio de sentimentalismo alguno, en este hombre de la periferia castellanizado, como tantos otros de su generación cultural, es la negativa. De veras comprendió y amó las literaturas no castellanas. Y desde luego que en su estimación de sus pueblos y países, no se quedó en ellas, él, insaciable curioso de los idiomas, las letras y las contexturas más exóticas, desde su refugio sal-

⁴⁰ Núm. 443; *O.C.*, I, 279.

⁴¹ Núm. 555; *O.C.*, I, 322, *Córdoba*.

⁴² Núm. 274; *O.C.*, I, 188. Los canta como "nombres de cuerpo entero, / libres, propios, los de nómina, / el tuétano irreductible / de nuestra lengua española".

mantino, mientras buen número de sus colegas padecían un aldeanismo crónico en un Madrid hasta cierto punto cosmopolita, pero nada universal. En ciertos aspectos, como el historiográfico, pone por encima de las castellanas, las letras catalanas y portuguesas. Pero su españolismo le hizo adoptar un ideal unitario, hay que reconocerlo, poco compatible con la vertiente política, y hasta lingüística sin más, de las reivindicaciones periféricas, comenzando por las de sus paisanos vascos.

El 1 de febrero de 1915, escribía, y en Barcelona significativamente ⁴³ *Sobre el regionalismo español*:

Y la significación de nuestros regionalismos españoles es, precisamente, el de ser un tejido de intereses y no de ideales. El regionalismo es profundamente materialista y, por tanto, conservador ⁴⁴. Y de ahí el que los más de nuestros regionalistas —o nacionalistas, como gustan de llamarse a sí mismos— no sean sino conservadores. Y de la peor especie. Y no es sino materialista y conservador el sentido del regionalismo español, de la región España, que ahoga y oprime el brotar de un patriotismo universal, de una conciencia sobrenacional de la patria ⁴⁵.

Notemos que la crítica no es incondicionada. Se trata en ella de la manera de manifestarse los regionalismos españoles y de las posturas ideológicas de sus prohombres, no de los regionalismos en sí. Ahora bien. No nos engañemos. ¿Queda mucho resquicio en ella para una visión federal del país? No vamos a insistir en ello. Hagamos una vez más notar que nos movemos en un terreno de prestado, mero liminar de nuestros propósitos en este trabajo. Pero recordemos lo que había escrito don Miguel veinte años atrás, dentro de *En torno al casticismo* ⁴⁶, y preguntémonos si su castellanismo no se había endurecido un tanto, al alejamiento de su Bilbao y el enraizamiento de su Salamanca:

Pero si Castilla ha hecho la nación española, ésta ha ido españolizándose cada vez más, *fundiendo más cada día la riqueza de su variedad de contenido interior*, absorbiendo el espíritu castellano en otro superior a él, más complejo: el español. *No tienen otro sentido hondo los pruritos de regionalismo más vivaces cada día, pruritos que siente Castilla misma*; son síntomas del proceso de españolización de España, son pródromos de la honda labor de unificación. *Y toda unificación procede al compás de la diferenciación interna y al compás de la sumisión del conjunto todo a una unidad superior a él.*

⁴³ O.C., XI, 361. Se publicó en *El día gráfico*.

⁴⁴ Notemos la actual revisión historiográfica marxista vg. del regionalismo catalán, como en la obra de Sole Tura.

⁴⁵ La coyuntura internacional —neutralidad española en la guerra europea— puede explicarnos el último párrafo.

⁴⁶ Cap. *La casta histórica - Castilla*, II; O.C., III, 200.

Pasados diez años, insistía en la tarea unificadora castellana, al escribir sobre *La crisis actual del patriotismo español*⁴⁷ y si bien se expresaba en términos un tanto duros sobre la misma, en cuanto castellanizadora, antes que españolizadora, lo era más con la inspiración de su regionalismo enemigo:

En el fondo del catalanismo, de lo que en mi país vasco se llama bizkaitarrismo, y del regionalismo gallego, no hay sino anticastellanismo, una profunda aversión al espíritu castellano y a sus manifestaciones. Esta es la verdad, y es menester decirla. Por lo demás, la aversión es, dígame lo que se quiera, mutua.

A pesar de todo, nuestro bilbaíno vio la necesidad de una integración de las variedades en la unidad hispana, la cual, no hace falta remacharlo, se le imponía como una realidad tan natural cual la de aquellas. Conciencia de las variedades, claro que lo fue. Así, en 1908 escribía en Madrid, *Sobre el problema catalán*, acaso con una visión no demasiado justa para con la profundidad que bajo una cierta veste de fuegos artificiales late en el Mediterráneo⁴⁸:

El levantino, el mediterráneo, y con él nuestro meridional, tiene un modo de sentir la vida privada y pública muy distinta de como la siente el hijo de las mesetas centrales, y con él los costeros del Cantábrico.

Pues España se divide en dos vertientes, por una línea transversa que va del centro del Pirineo al cabo de San Vicente, y Madrid queda más bien del lado de Levante que del otro⁴⁹.

Más de uno ha repetido lo que dije cuando visité últimamente Barcelona, y es que allí esplenden, sobre todo, las fachadas. Y es que se

⁴⁷ O.C., III, 942: "Castilla ha sido durante siglos, y sobre todo desde los Reyes Católicos, el eje histórico de la nacionalidad española; Castilla ha impreso su sello a las letras, a las artes, a la no filosofía, a la pseudo-religión, a la política españolas. Aunque todos hayan podido participar legalmente en la gobernación del Estado, todo se ha hecho a la castellana —y entiéndase de ahora para en adelante que llamo castellanos a los aragoneses y andaluces—, y por culpa principalmente de los no castellanos, que, presos de otras preocupaciones, descuidaban la de hacerse sentir en la marcha política y en la cultural".

⁴⁸ O.C., XI, 148.

⁴⁹ Cf. SALVADOR DE MADARIAGA. Acaba éste de escribir, insistiendo en una de sus conocidas constantes: "Ya hace muchos años que me atreví a vislumbrar en la Península española (pues para mí tan español es Portugal como Castilla) tres zonas paralelas extendiéndose de Norte a Sur: la atlántica o galaico-portuguesa, la central o vasco-castellana-andaluza y la levantina o catalano-valenciano-murciana. Son para mí los tres lenguajes peninsulares la expresión natural de los tres respectivos aspectos del carácter español que me parecen inspirados en los tres aspectos del genio hispánico: el lírico en la zona galaico-portuguesa, el épico-dramático en la zona central y el plástico en la zona levantina. (El vascuence me parece mero objeto de museo lingüístico. Hace siglos que ha dejado de expresar lo que los vascongados son hoy. El espíritu vasco se manifiesta en toda su espontaneidad en el lenguaje castellano, que nació precisamente en países vascos como Alava o poblados entonces de vascos como la región de Burgos)", *Mujeres españolas*, Madrid, Austral, 1972, págs. 29-30.

siente la vida hacia fuera, exteriormente. A los que somos de la otra banda, el catalán tiene que aparecérsenos teatral o, empleando un muy significativo vocablo portugués, espectacularo⁵⁰.

Cierto que luego se mostraba de un irenismo más respetuoso con ese estilo de vida que no era el suyo, de vasco castellanizado:

Pero hay que no olvidar que en este resurgir de la Patria tienen su parte, y parte principalísima, esos pueblos teatrales y externos, contentos y gozadores de la vida, sensuales y espectaculosos, artistas y políticos⁵¹. Lo que estimo sus defectos son, a la vez, la raíz de su fuerza y de su eficacia. Y del otro lado, de parte de los otros, lo mismo que ha hecho y sigue haciendo —sí, sigue haciendo, por debajo— su grandeza es la raíz de su debilidad. Y he aquí por qué se completan y se ayudan.

Ocho años más tarde, insistía en la misma idea, al escribir en Manacor, *De Salamanca a Barcelona*, inserto en *Andanzas y visiones españolas*⁵²:

Mucho puede y debe aprender de Cataluña el resto de España, y hasta de lo que aquella tiene de aparenalidad, de fachenda, de exterioridad, y, más hondamente, de sentido artístico. *Es acaso en estética en lo que Cataluña sobrepuja a lo demás de España; en estética más que en industrialidad.*

Ahora bien, esta integración española, para don Miguel no debía ser responsabilidad ni siquiera del gobierno central, que por supuesto no de una Castilla cuyos hombres no nutrían la mayoría de aquel, aunque cobijase su capital, sino sobre todo de la misma ambición que para los regionalismos postulaba. Pues el rector salmantino aspiraba a que saliesen esos de su egoísmo de campanario, y pretendiesen imponerse al resto del país, y no sólo a hacerse respetar en sus ostugos. Fue esta una idea constante en él, que aplicó particularmente al campo idiomático. De *La crisis actual del patriotismo español* es también lo que sigue⁵³:

Y es indudable que harían un grandísimo servicio a la causa del progreso de España, a la de su cultura, y se lo harían muy grande a sí mismos, si tanto catalanes como castellanos, vascos, gallegos, etc., mostrasen su oposición a todo lo que les repugna en el modo de ser de los otros y procurara cada una de las castas imponer a las demás su concepción y su sentimiento de la vida.

⁵⁰ O.C., XI, 154.

⁵¹ Compárese la crítica de la pretendida superficialidad mediterránea y latina frente a unas supuestas necesidades más complejas y profundas del alma nórdica, que el sol del mediodía no podría satisfacer, en la novela de THOMAS MANN: *Mario y el hipnotizador*. ¿No es significativo el título de otra de las novelas del inmenso escritor alemán, *La muerte en Venecia*?

⁵² O.C., I, 750.

⁵³ O.C., III, 944-45.

Y aquí entra el examinar lo que, tanto el catalanismo como el bizkaitarrismo, tienen de censurable.

Lo malo de ellos es su carácter de egoísmo y de cobardía. En vez de ser defensivos debían hacerse ofensivos.

... Entre Castilla y Cataluña ha habido un lamentabilísimo y vergonzoso pacto tácito. La primera ha sido tributaria económica de la segunda, a cambio de que ésta sea tributaria política de aquélla, y siempre que los gobiernos radicantes en Castilla e influidos por el ambiente castellano, han cedido a las exigencias económicas de Cataluña, o más bien de Barcelona, los catalanes, distraídos en su negocio, no se han cuidado de imponer en otros órdenes de la vida su manera de sentir ésta. Han vendido su alma por un arancel.

Acto seguido recordaba don Miguel, la primera ruidosa ocasión en que llamó a tales lides, a sus paisanos y en su nativo Bilbao, en su discurso como mantenedor de los juegos florales de 1901, bien cuajado de incidentes⁵⁴. Allí había expresamente postulado esa índole ofensiva para el idioma del país:

El vascuence se extingue sin que haya fuerza humana que pueda impedir su extinción; muere por ley de vida. No nos apesadumbre que desaparezca su cuerpo, pues es para que mejor sobreviva su alma.

... Tenemos que olvidarlo e irrupir en el castellano, contribuyendo a hacer de él, como de núcleo germinal, el español o hispano-americano, sin admitir monopolios casticistas, que no es un idioma feudo de heredad. Le llevaremos nuestra peculiar manera de decir, algo elíptica, cortante, angulosa y seca; algo hemos de aportar al castizo decir castellano de amplios pliegues de capa en que el caballero se emboza, dejándola flotar al viento⁵⁵.

Y con esa vertiente positiva de su ambivalente óptica hacia las variedades hispánicas, hay que relacionar, creemos, lo que de intelectual y reflexivo hubiese en ese cierto carlismo sentimental que se le ha achacado⁵⁶,

⁵⁴ O.C., III, 946. Texto del discurso, O.C., VI, 290-307. Sigue en esta edición el texto de un artículo de Ramiro de Maeztu, publicado el 30 de agosto en *El Imparcial* de Madrid sobre tales incidencias. Para las mismas, SALCEDO: *Vida* cit., págs. 114-16.

⁵⁵ O.C., VI, 298-99. Cf. en O.C., III, 1021, en *Más sobre la crisis del patriotismo*, con su llamamiento "lingüístico" a sus paisanos para realizar, de la mano de un castellano que sería su idioma natural empresas parejas "en el orden de las manifestaciones intelectuales y artísticas" a las "que mostraron en otros órdenes sus hombres más representativos: Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Legazpi, Urduñeta, Garay, Irala, Elcano, Oquendo, Zumalacarrégui, Zamacola, etc.", y así "puedan influir en el alma de los pueblos todos de lengua castellana y, mediante ellos, en el alma universal". Y recuerda cómo "el más genuino representante del alma escocesa, Burns" no cantó en gaélico, sino en inglés.

⁵⁶ Notemos que el carlismo, nunca vencedor, es siempre propicio, por esa nota de infortunio no probado ni gastado en el triunfo, a despertar simpatías nostálgicas.

hijo desde luego de su infancia y su país, aunque desde un principio militase de por fuera entre sus adversarios. En 1906 escribía a ese propósito:

El alma del carlismo está, creo, por estudiar; las pasiones de un bando y del otro impiden que se haga ese estudio serenamente. Cuando en mi novela *Paz en la guerra* intenté escudriñar algo del alma del carlismo, no faltó quien me dijo que simpatizaba con éste.

Se acaba siempre por simpatizar con todo aquello que se estudia serenamente y sin prejuicios.

Me parece difícil, difícilísimo, que se forme claro concepto del fondo del carlismo aquí, en el fondo de España, en las mesetas, donde no lo ven sino por su aspecto más externo y pegadizo, por el aspecto que se llama, sin serlo, religioso. El sentido ultramontano, neo, clerical o como quiera llamársele, se lo dio al carlismo la influencia histórica castellana. Y ese sentido es el que le impidió vencer.

El carlismo fue, en lo que dio honda vitalidad, una protesta contra el liberalismo absolutista y huero, contra el estado de cosas que surgió del predominio de la burguesía creada por la desamortización —y no porque los bienes desamortizados lo fueran de la Iglesia, sino porque con ellos se corroboró y fomentó el odioso régimen económico actual—, contra el leguleyismo, contra la manía uniformadora y centralista, contra todo lo que fue hacer una nación categórica a la francesa⁵⁷.

Por esa misma vía del sentimiento, no es por supuesto difícil descubrir vasquismo en el rector bilbaíno de Salamanca⁵⁸. El mismo nos ha hablado de manifestaciones concretas suyas en la infancia⁵⁹ y en la juven-

⁵⁷ *Sobre el rango y el mérito. Divagaciones; O.C.*, III, 950-51. Cf. su discurso el 2 de agosto de 1932, sobre el estatuto catalán, ante el parlamento de la república: "¡Que tenemos un sentido imperialista! Es posible que yo lo tenga personalmente, no lo oculto; un sentido republicano a la francesa, de república unitaria francesa; pero, ¿de cuándo acá es una cosa de derechas ni una cosa antirrepublicana?"; *O.C.*, VII, 1075. En otro sentido, su vindicación del papel castellano específico, aun dentro de su tarea unificadora en lo que ésta de no deseable pudiese haber tenido: "Uno de los efectos más saludables que habría de traer a España el triunfo de las tendencias descentralizadoras es que se estudiase con mayor serenidad de espíritu al pueblo castellano, y haciéndole justicia, se le amara, a pesar de sus defectos, y hasta merced a ellos. Otra vez lo he dicho: no es Alonso Quijano *El Bueno*, el fondo eterno del pueblo castellano, su base social, el alma de sus campesinos, quien menos ha padecido bajo las magnánimas locuras de don Quijote, empeñado en arreglar a su concepción el mundo. Ha ido siempre, sin duda, la casta castellana una casta dogmática y enamorada de la unidad, poco capaz de sentir el matiz y la media tinta, muy poco flexible; pero no se la puede tachar, sin injusticia, de egoísta. ¡Habría intentado sacrificar a otros pueblos a su ideal de la vida, sin comprenderlos ni intentar penetrar en su espíritu; pero a sus intereses, no!" El texto es de 1899, *Injusticia inútil; O.C.*, XI, 83. Cf. el pensamiento de SALVADOR DE MADARIAGA, sobre todo en sus *Memorias de un federalista*.

⁵⁸ Son instructivas sus ironías, entre bromas y veras, recogidas en el artículo aparecido el 21 de diciembre de 1891 en *El Nervión*, de Bilbao, *Del árbol de la libertad al palacio de la libertad o sea al cuartito del vino; O.C.*, I, 178, y 175-76, recogido en el libro *De mi país*.

⁵⁹ *Estrambote*, V; *O.C.*, I, 345. Recogido en *Recuerdos de niñez y de mocedad*.

tud⁶⁰. Pero su distinción entre las dos patrias, la chica y la grande, puso desde muy pronto, sino desde siempre, límites a las implicaciones intelectuales de aquél⁶¹. Y así se expresaba, ya el 3 de enero de 1887, al disertar en *El sitio*, sociedad de su villa natal, sobre *El espíritu de la raza vasca*⁶²:

Yo amo a la patria común con el amor ideal de un espíritu que busca la armonía, con amor nacido al leer su historia, y amo a la patria de campanario con el amor real que busca la médula del alma, con amor que nació conmigo.

Y en octubre de 1908 databa en Salamanca *El "ju-jitsu" en Bilbao*, artículo que *La nación* de Buenos Aires publicaría el 15 de noviembre, y que terminaba, exaltando la fecundidad de lo hispano para lo vasco mismo integrado en ello⁶³:

No, para ser vasco y muy vasco no es menester gastar boina —que nuestros abuelos no gastaban—, ni hablar vascuence —que nuestros nietos o biznietos no hablarán—, ni ser lechero, ni ser un hércules, ni mucho menos relinchar. Y tampoco es menester para ser vasco y muy vasco, ser católico apostólico romano, ni renegar de España.

España significa, para nosotros, la cultura que aguzza y fomenta la inteligencia, la lengua castellana es nuestra arma de combate espiritual, hasta los relinchadores relinchan... en castellano.

En su predilecta esfera lingüística, no hizo don Miguel sino aplicar a este problema de la unidad-variedad las mismas líneas de pensamiento y sentimiento que anteceden. No se apeó de considerar al castellano como la única lengua de cultura peninsular. En términos duros y hasta un poco

⁶⁰ *Mi primer artículo*, en *El noticiero bilbaíno* de 8 de enero de 1924; *O.C.*, X, 574.

⁶¹ Notemos que la desconfianza de los nacionalismos extremos hacia la misma simpatía sensible a la patria chica aparece en la obra de José Antonio Primo de Rivera.

⁶² *O.C.*, VI, 161.

⁶³ *O.C.*, V, 575. Para la caracterización unamuniana de la psique colectiva vasca como encarnada en el hombre de acción, el discurso cit. en la nota 162 (pág. 184: "la religión para el vasco es acción, lucha. El sentimiento místico, alambicada tendencia que brota en los pueblos muy trabajados por la vida del espíritu y sedientos de ideal infinito, en nosotros es poco fuerte. Un hombre simboliza el espíritu religioso de los vascos: Iñigo de Loyola, hombre de acción, soldado primero de la patria, luego de Cristo, general y fundador de una Orden de gladiadores, cuya vida es la acción lenta e incesante, cuya religión es la lucha terca y sostenida"; y págs. 186-87); y el cit. en la nota 54 (pág. 294: "Raza, sobre todo, la nuestra, de expansión y compenetración; raza difusiva, en ósmosis y exósmosis perpetuas, vitalizadas"). Sobre San Ignacio insistió en *Alma vasca*: "Si hay algún hombre representativo de mi raza, es Iñigo de Loyola, el hidalgo guipuzcoano que fundó la Compañía de Jesús, el caballero andante de la Iglesia, el hijo de la tenacidad paciente. La Compañía, me decía una vez un famoso ex-jesuita, no es castellana, como se ha dicho, ni española; es vascongada. Y vascongada hasta en sus defectos"; *O.C.*, V, 549.

intransigentes se manifestó en 1908 desde una tribuna madrileña reivindicándola como tal frente a los catalanes⁶⁴:

En bien espiritual de Cataluña, en bien de su mayor cultura, hay que mantener la oficialidad irrestringida e incompañada de la lengua española, de la única lengua nacional de España. Al sentimiento, siempre respetable, le queda como asilo y refugio la literatura.

... Y tal vez sea en español como Cataluña haya llegado a descubrir lo más hondo de sus honduras espirituales, así como Prusia no las ha descubierto en lituano, sino el alemán, y acaso Provenza en francés más que en provenzal.

Ya durante la república, desde *El Sol*, se pronunciaba, pese a los vientos contrarios, de nuevo frente al bilingüismo oficial, y sin rodeo alguno⁶⁵. De la índole del castellano como única lengua para el futuro, de entre las peninsulares, de pretensiones universales, no le cabía duda ya cuando escribió *En torno al casticismo*. Y allí esto⁶⁶:

Porque del latín brotó en España más de un romance, pero uno entre y camina a ser verdadera lengua española, la lengua del pueblo español ellos, el *castellano*, se ha hecho lengua nacional e internacional además, que va formándose sobre el núcleo castellano.

De la integración de las lenguas peninsulares en la castellana común, como antes viéramos postulada a base sobre todo de una cierta agresividad invasora por parte de éstas, se ocupó en su espléndido discurso sobre el idioma, pronunciado el 18 de septiembre de 1931 en las Cortes Constituyentes⁶⁷:

Ni individuo, ni pueblo, ni lengua renacen sino muriendo, es la única manera de renacer: fundiéndose en otro. Y esto lo sé yo muy bien ahora que me viene este renacimiento, ahora que, traspuesto el puerto serrano que separa la solana de la umbría, me siento bajar poco a poco, al peso, no de años, de siglos de recuerdos de Historia, al final y merecido descanso, al regazo de la tierra maternal de nuestra común España, de la renación española, a esperar allí, en ese reposo, que por larga que sea siempre será corta la espera, a esperar allí que en la hierba que crezca sobre mí tañan ecos de una sola lengua española que haya recogido, integrado, federado si queréis, todas las esencias íntimas, todas las virtudes, todos los jugos de

⁶⁴ *Su Majestad la lengua española*, artículo de *El Faro*, de Madrid, del 1 de noviembre de 1908; *O.C.*, VI, 503-4.

⁶⁵ ¡Pobres metecos!; *O.C.*, V, 55-56. Lo mismo en la cit. *De Salamanca a Barcelona*, sobre todo págs. 743-44.

⁶⁶ *O.C.*, III, 199.

⁶⁷ *O.C.*, V, 703.

esas lenguas que hoy tan tristemente, tan pobremente, nos diferencian. Y aquello sí que será gloria⁶⁸.

Maticemos, sin embargo, que a pesar de su pasión filológica de toda la vida, don Miguel nunca creyó que los idiomas ancestrales de cada pueblo fuesen un elemento necesario para la conservación de los caracteres diferenciadores de ellos⁶⁹. Sin embargo, las constantes de su pensamiento en el problema que vamos a dejar, explican, no decimos que justifiquen, incluso algunas críticas actuales, tales como la del valenciano Joan Fuster⁷⁰.

La Geografía española

Esta parrilla..., mejor, esta mano tendida al mar poniente que es la tierra de España. Sus cinco dedos líquidos, ¿Miño-pulgar? ¿Duero-índice? ¿Tajo-el del corazón? Guadiana y Guadalquivir. Y la otra vuelta, la de Levante, Ebro, Júcar, Segura y el puño pirenaico y las costas cántabras. Y, sobre ella, sobre esa mano, la palma azul de la mano de Dios, el cielo natural. Y la mano, ¿pide u ofrece?

¡Y lo que es recorrerla! Cada vez que me traspongo de Avila a Madrid, del Adaja, cuenca del Duero, al Manzanares, cuenca del Tajo, al dar vista desde el Alto del León, mojón de dos Castillas, a ésta, a la Nueva, y aparecérseme como en niebla de tierra el paisaje, súbeseme éste al alma y se me hace alma, no estado de conciencia conforme a la conocida sentencia literaria. Alma y no espíritu, psique y no pneuma; alma, animal, ánima. Como esas ánimas que, según la mitología popular católica, vagan separadas de sus cuerpos, esperando en purgatorio la resurrección de la carne. Siento que ese paisaje, que es a su vez alma, psique, ánima —no espíritu—, me coge el ánima como un día esta tierra española, cuna y tumba, me recogerá —así lo espero— con el último abrazo maternal de la muerte.

⁶⁸ Véanse también *De Salamanca a Barcelona*; *O.C.*, I, 744; y sus discursos en las cortes sobre el mismo tema los días 22 de octubre de 1931 y 23 de junio de 1932; *O.C.*, VII, 1012 y 1055. Para el euskera, *Bárrurá, Neure Anájeak, Bárrurá*, en *O.C.*, XI, 904 (de nuevo la necesidad de su pérdida); *Gascuña universal*, en *O.C.*, I, 902 (en el mismo sentido); *La cuestión del vascuence*, en *O.C.*, III, 553 (debe perderse); *Del elemento alienígena en el idioma vasco*, en *O.C.*, VI, 129 (para el pasado); *La unificación del vascuence*, en *O.C.*, VI, 345 (la cultura vasca se ha hecho en español o francés). Para la artificiosidad de cierto euskera, *¿Vasco o basco?*, en *O.C.*, VI, 141; y el último de los artículos citados en el párrafo anterior, pág. 345 *in fine*.

⁶⁹ En ese sentido *La frontera lingüística*, sobre Valencia, de *Andanzas y visiones españolas*, en *O.C.*, I, 807 y 811.

⁷⁰ *Las originalidades. Maragall y Unamuno frente a frente* (trad. Santiago de Chile, 1964). En pág. 103: "Unamuno no creía en composiciones, sino en imposiciones: la unidad española era, para él, el resultado o el usufructo de una victoria. Fue realmente hombre de guerra civil, no de diálogo. Maragall lo fue en cambio de paz civil, de concordancia: un "trabajador esperanzado". Esta discrepancia socava cuantas afinidades tuvieron y desearon". Sobre una nota diferencia periférica, la melancolía portuguesa, véanse, todas de *Por tierras de Portugal y de España*, *Eugenio de Castro*, en *O.C.*, I, 352; *Desde Portugal*, *ibid.*, 390; *Las ánimas del purgatorio en Portugal*, *ibid.*, 402; y *Alcobaça*, *ibid.*, 462.

Así escribía don Miguel en *Ahora* el 4 de octubre de 1931⁷¹. Pero no es ningún secreto su pasión por la tierra hispana. Lo que queremos poner de relieve es cómo llegó a calar en su problemática relacionada con la historia alumbrada en su regazo. Y como vamos a ver, su sentimiento estético ante el paisaje no le privó de considerarle a esta otra dimensión.

En 1906 había escrito de vuelta de una de sus estadias zamoranas⁷²:

Y desde aquel mismo puente zamorano, sobre el Duero, ¡qué lección fundamental y preliminar de historia de España! Porque va por allí el Duero casi siempre rojizo, turbio, enfangado. Sáquese un metro cúbico de aquella agua, déjesela reposar, véase el poso de tierra que allí queda, afórese el agua que el río lleva y cabe calcular la enorme cantidad de tierra vegetal que arrastra cada año el poderoso río hasta el mar o a depositarla en su desembocadura, allá en Oporto. Y esto un año, y otro y un siglo tras de otro siglo. Y luego vuélvase el estudioso a la meseta y vea la recia encina, toda ella corazón, levantar, como flor de piedra, su verdura perenne, entre berruecos, en un terreno cascajoso o rocoso, en una tierra toda ella corazón también, corazón de piedra, corazón de hueso, y se verá cómo este interior de España, donde afloran a sobre haz las entrañas pedregosas de la tierra, es una meseta lavada y desollada por aguas seculares. Y esta es, sin duda, la primera lección de historia de España.

Muchas veces volvió don Miguel sobre el antagonismo entre pastores y ganaderos, simbolizado en la leyenda bíblica de Caín y Abel, llegando a tenerle por el determinante decisivo de la historia. En ese sentido le preocupó mucho la índole ganadera del hombre castellano. Al prologar en 1902 *En torno al casticismo* dejaba escrito⁷³:

El *Hampa* de Salillas, por otra parte, nos trae una explicación de nuestro picarismo, del espíritu andariego y trashumante de la casta castellana, que me parece una de las más felices concepciones de la Sociología. Además, después de 1895 di en fijarme en las diferencias que imprime en los pueblos el que éstos hubieran sido en sus mocedades, y durante siglos, labradores o pastores, y cuanto puede sacarse para la psicología del castellano del hecho de que su espíritu sea espíritu de ganadero más que de labrador.

El pueblo judío, pueblo de pastoreo, se percató tan a hondo del alcance de semejante diferencia, que en la leyenda que encarnó su concepción de la historia humana hace arrancar ésta de la enemiga entre pastores y agricultores. De los dos primeros hijos que Adán tuvo, el uno, Caín, fue labrador, y el otro, Abel, pastor; los frutos del labrador no eran aceptos a Dios como las ofrendas del pastor, y lleno aquél de envidia mató a su hermano; el primer crimen fue un fratricidio: la muerte que el cultivador

⁷¹ *País, paisaje y paisanaje*; O.C., I, 1103.

⁷² *España sugestiva. Zamora*; O.C., I, 1004-5.

⁷³ O.C., III, 158-59.

de los campos dio al guardador de ganado. Y los hijos de Caín, el malo, el labrador, el fratricida, fueron los que primero fundaron una ciudad: Henoc. En este relato hay que admirar dos cosas, y son: la una, el poner en el comienzo ya de la historia la disensión entre los sedentarios labradores y los pastores errantes y peregrinos, y la otra el cargar el primer homicidio que en la tierra se cometió, no a la lucha por la subsistencia, sino a envidia, pues al ver Caín que el Señor miraba con agrado a su hermano y no a él, “ensañóse en gran manera y decayó su semblante” (*Génesis*, IV, 5). Ambos vislumbres del ingenio judaico se corroboran en nuestra historia y psicología españolas.

Salillas, en su *Hampa*, traza la etiología del picarismo arrancando de la pobreza de nuestro suelo, que, dando mezquina base de sustento, obliga a la vagabundez... Esa misma pobreza del suelo es lo que obligó durante siglos a mantenerlo dedicado, en las mesetas centrales, a pastos y montes más que a tierras labrantías y de pan llevar. Y el pastoreo era en gran parte de trashumancia.

Tengamos en cuenta que no solamente el pícaro, sino también el conquistador, y tanto de la tierra hispana labrada por moros como de las ultramarinas, venía explicado para don Miguel por esta índole pastoril del castellano —y el andaluz, a diferencia del levantino— a su vez hija de las condiciones del suelo. Y lo mismo que de la conquista de las tierras de los moros, de la expulsión de los labradores sometidos más tarde⁷⁴, había

⁷⁴ Véanse en el mismo sentido *Abelitas y cainitas*, de su discurso en la Casa de la democracia de Valencia el 7 de setiembre de 1922 (*O.C.*, VII, 972-73); *Hispanidad* (“En esa alma matriz —y maternal— que es el centro de Hispania, las mesetas del Duero y del Tajo —espinazo Gredos— se ha fraguado un pueblo que siendo de la tierra se despega de ella. El campesino hispánico central fue un pastor, un pastor errante como aquel del Asia que interrogaba a la Luna por su destino de que cantó Leopardi, un pastor que al fin se ahincó. Pero siempre, aun sedentario, el alma trashumante. Hasta en la celda de una Cartuja vaga. Está acampado y vive más bajo el cielo que sobre la tierra. *De donde el conquistador*; *O.C.*, VIII, 651); *La dehesa española* (consideraciones económicas sobre este régimen ganadero, de cultivo extensivo, nocivo para la agricultura y, en definitiva, para el hombre; *O.C.*, XI, 79); *Campaña agraria* (“Los verdaderos agricultores, los hortelano, se encuentran en vegas cercanas a las costas, en Valencia, en Murcia, en Granada. Los moriscos fueron agricultores. Y por eso les expulsaron los otros, los pastores”; *O.C.*, XI, 303); *El caballo americano* (referencia a la *Historia del pueblo de Israel*, de Renán, y contraposición de las cainitas Cataluña y Valencia a las abelitas Castilla y Andalucía; *O.C.*, VIII, 388); *El individualismo español* (“Los siglos hicieron a nuestros remotos ascendientes pastores, y como pastores los hicieron haraganes, y vagabundos, y disgregados, y todas las demás cualidades que del ejercicio del pastoreo derivan; el tiempo, la vida urbana y civilizada, las necesidades que la concurrencia industrial y mercantil imponen hoy; el progreso, en fin, modificará ese fondo. ¿Cabe acelerar su obra y por qué medios? Esta es ya otra cuestión”; datado en 1905, en *La España moderna*, *O.C.*, III, 631-32); *Más sobre la envidia hispánica* (“Y la expulsión de los judíos, que habían dejado ya de ser pastores de ganados para ser pastores de ganancias monedadas, ¿no fue obra también de envidia? Y no digo de envidia ariana porque no sé que es eso de arios, ni lo saben esos pobres racistas mentecatos de la cruz ganchuda”; publicado en *Ahora* el 18 de abril de 1934; *O.C.*, V, 683); y discurso en los juegos florales de Almería de 1903 (sobre la expulsión de los moriscos; *O.C.*, VII, 583).

de pensar. Y de la tendencia biológica de Castilla al mar, *sicut cervus ad fontes*⁷⁵, que tantas singladuras de la Historia ilustra.

A este bilbaíno salmantinizado le preocupó mucho el alejamiento de Castilla del mar. Desde Salamanca escribía en 1916⁷⁶:

El mar, la marea, ha influido poco, muy poco, poquísimamente, en la mentalidad de los pueblos del interior de España, de los pueblos de la meseta, y eso que el hecho histórico más grande de nuestra historia española, el descubrimiento de América, es un hecho marítimo.

Es curioso que los primeros más grandes conquistadores de América, Cortés, los Pizarros, Orellana, Alvarado, fueran del interior de los parameros, generalmente de Extremadura, de esa especie de mar petrificado, de ese piélagos de tierra calcinada, que es lo más lejano al mar marino, al mar de agua, al verdadero mar, que cabe imaginarse. Pero esos hombres se fueron de un continente a otro, de una tierra a otra tierra, atravesando el océano mar sin que el mar entrara en ellos. Debieron de atravesarlo en una siesta de modorra.

Inmediatamente se refiere a "la mezquindad de sus ideas respecto al comercio de los pueblos y al prejuicio robinsoniano, que persiste en el fondo del español de la meseta"; y lamenta la elección de Madrid como capital, causa la misma de ver los problemas internacionales⁷⁷ "con sentido de paramera, de tierra adentro, con espíritu de pastor trashumante acaso". No falta la cita de la estrofa V del *Himne ibérico* de Maragall plañéndose de la soledad de Castilla que no puede ver el mar, la misma que don Miguel recitaría en su memorable discurso parlamentario ya citado sobre la lengua española.

El 2 de abril de 1932, exponía en *El Sol* de Madrid, desde Alicante, una idea ya en él vieja⁷⁸ sobre *Las dos vertientes de España*:

⁷⁵ El 30 de octubre de 1932 escribía en *El Sol*: "Y esta ha sido la tragedia en las mesetas centrales de este reino —ahora república, y es igual— de los pobres vivientes españoles. Cuya suerte no sabemos si envidiará la sombra del Cid Campeador, el que iba por la cuenca del Duero reclutando desesperados para que saliesen de miseria y lacería con el botín arrancado a los moros de las ricas huertas de Valencia"; *Entre Aquiles y el Cid*, O.C., V, 88.

⁷⁶ *Junto a la cerca del paraíso*; O.C., IV, 1142-43.

⁷⁷ Tengamos en cuenta que estamos en la guerra europea. Por otra parte don Miguel no se recata de aludir a la coyuntura; *ibid.*, 1146-48: "En esta España de tierra adentro, sola en medio de los campos, lejos de los mares, son legión los que a pesar de saberlo abstractamente, por los textos de geografía, no saben aún en vivo que la frontera de España con Europa, por tierra, es la frontera con Francia, y por mar son sus fronteras con Francia misma, con Inglaterra, con Italia, hasta con Bélgica, y que España es la única nación de Europa —si exceptuamos a Portugal, y para eso a éste sus colonias le cambian la situación— de la que no se puede ir a los Imperios Centrales sin cruzar tierras o mares de otros pueblos". Véase también el discurso de Valencia citado en la nota 74.

⁷⁸ O.C., V, 81-83. "Presidiendo a Alicante, a Alacant, el castillo, roca de mano humana, de Santa Bárbara, en Benacantil, roca de mano divina". La idea no era en él nueva. La había expresado ya el 26 de enero de 1908, en *El coitao*, de Bilbao: "Porque España, no creo que pueda dividirse en la polaridad tan fecunda para todo

Porque España, de partirla en dos —¿por qué no en tres o en más?—, habría que partirla, no por latitud ni longitud⁷⁹, sino según las dos vertientes, según que las aguas de sus tierras viertan al Mediterráneo y a aquella porción del mar del Estrecho que le es aledaña o vierten al Cantábrico y al Atlántico. Y como que cruza y traspasa a estas dos vertientes el río epónimo de Iberia, el Ebro, que al pie del Pirineo nos une. Y lo vigila el Urbión, cuna del Duero, donde nació la leyenda del Cid castellano, conquistador de Valencia. Como don Quijote, conquistador también del Mediterráneo. Que a ser vencido, conquistado, y con ello a conquistar, pues su vencimiento fue su victoria, le llevó Dios a la playa de Barcelona, al mar latino.

Y acto seguido insiste en el hondo sentido geográfico de que los conquistadores españoles, al igual que otros, y ya que no los descubridores y colonizadores, fuesen hombres de la España interior:

Conquistador don Quijote, conquistado al desengaño en Barcelona; conquistadores Cortés, Pizarro, Alvarado..., hombres de tierra adentro, de paramera y de meseta. *Que suelen ser los hombres de cumbre, de serranía o de meseta, los que van cobrando tierra, y al llegar a su lindero, a la mar, se lanzan a ésta a cobrar más tierra, en ultramar. Así en Grecia, los dorios. Los costeros, los de la marina, se arregostan en ésta.* Y es de creer que en la cruzada de almogávares, de catalanes y aragoneses, a la conquista del ducado de Atenas, en aquella luminosa cruzada que narró Muntaner, los del empuje serían los de tierra adentro, los de las faldas del alto Pirineo⁸⁰.

El absurdo de la capitalidad madrileña no le hizo meditar solo una vez. Con dureza le abortó en Valencia en 1922⁸¹:

pueblo, en norte y sur como algunos piensan, sino más bien, como creen otros, en las dos vertientes, la atlántica y la mediterránea —incluyendo en ésta la parte en que el Guadalquivir desemboca—. A España hay que partirla transversalmente por una línea que de hacia el Maladeta vaya a cabo de San Vicente. De un lado Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia, Castilla la Nueva, toda Andalucía y hasta Extremadura; del otro, el litoral cantábrico, Castilla la Vieja y el reino de León. De un lado los pueblos estéticos, los del gesto y eso que llaman la gallardía, los de parada y plaza pública, los de zarzuela, y de otro nosotros. Y de la parte de allá quédase Madrid con sus cotarros, donde todos son unos". Cf. notas 48 y 49.

⁷⁹ Al terminar su artículo, insiste en cómo en Alicante ha sentido "la honda trabazón y la semejanza estrecha entre el dominio lemosín, mejor diríamos catalán, y el andaluz, y cuán profundamente se asemejan estas dos porciones de la vertiente mediterránea. Y todo lo otro, de españoles del Norte y del Sur, no es sino apariencia, y norteño un epíteto engañoso".

⁸⁰ En las mismas ideas había abundado cinco años antes en *Hispanidad*, desde Hendaya; *O.C.*, VIII, 651. Y se preguntaba (pág. 653-54): "Y ¿hay un lazo que une estas contraposiciones y contradicciones íntimas hispánicas? ¿Hay un alma —un alma de contradicción— que hace la unidad, la hispanidad?... Y bien, a fin de cuentas, ¿qué es la Hispanidad? Ah, si yo lo supiera... Aunque no, mejor es que no lo sepa, sino que la anhele, y la añore, y la busque, y la presienta, porque es el modo de hacerla en mí".

⁸¹ *O.C.*, VII, 971.

Los Reyes Católicos andaban errantes, de ciudad en ciudad, por Castilla; ya en Medina del Campo, ya en Arévalo, ya en un sitio, ya en otro. Después de algún tiempo, quiso ser corte Valladolid; luego, Madrid. *Y en ese lugar de La Mancha no ha podido todavía hacerse un espíritu ciudadano.* Y este es un momento verdaderamente grave. Por un lado, dominando el Mediterráneo —que es la civilización matriz o primera, el pasado de España, su raíz—, Barcelona. De otro lado, dominando el Atlántico, Lisboa mirando al porvenir y a todo un mundo de más allá. Y en la tierra del centro, Madrid.

... En mi pueblo, en Bilbao, dicen que la civilización no llega más que adonde llega la marea. No digo que esto sea así. Pero, indudablemente, era una cosa terrible tener que regir desde Madrid, desde El Escorial, un imperio que se extendía por ambos mares. Tenía que organizarse, desde El Escorial, una armada Invencible, armada Invencible antes de empezar a luchar.

No podía nada de eso extrañar a quien diez años antes —notemos la coyuntura internacional de la guerra⁸²— hubiese leído su artículo, sin desperdicio, al tema íntegramente consagrado, *En un lugar de la Mancha...*, estampado en *La publicidad* de Barcelona el día de reyes de 1917⁸³, y en el cual llegaba a preferir El Escorial y Yuste a la villa y corte, y pronunciaba una condena de la falta de sentido internacional de toda nuestra historia postmedieval:

Al fin, en Yuste, le puede sobrecoger y domeñar a uno el temple místico o el ascético, y por él se puede llegar a una comprensión civil de la Historia mucho mejor que por el otro temple. Cisneros tuvo claro y hondo sentido internacional. Y le tuvo, en su orden, Iñigo de Loyola. En cambio, nuestros reyes de España se encontraron con un legado y tuvieron que soportarlo. No hicieron, sino que padecieron política internacional. Y *no la*

⁸² Escribe que “las principales capitales de las principales naciones de Europa están, o cerca del mar o en fácil y pronta comunicación con él y casi a su altura. Acaso forman excepción con Madrid, Berlín y Viena, y es posible que si en vez de ser la capital del Imperio germánico Berlín lo hubiera sido Hamburgo, las cosas habrían tomado muy otro rumbo”.

⁸³ *O.C.*, XI, 393-98. Véase el libro reciente de nuestro profesor JOSÉ MARÍA JOVER: *España en la política internacional* (Madrid 1972). Poco después, esta vez desde su tribuna madrileña de *Nuevo mundo*, el 6 de julio del mismo año bélico 1917, volvía don Miguel en *Fisiocracia y mercantilismo* a la carga: “Hizo a Madrid capital de su imperio un rey de la casa de Austria, y también la mentalidad austriaca, o germánica, era entonces, y a pesar de todo sigue siendo, fisiocrática, de tierra adentro, de terratenientes, más bien de latifundios; de Junkers, en fin. Y sin que importe a ello el que hayan desarrollado luego un activo comercio. Y lo que los espíritus fisiocráticos, terrestres, de hoy llaman marinismo, no es otra cosa que el mercantilismo. Treitschke reservaba contra el mercantilismo sus más agrios sarcasmos. La mentalidad de un Junker es lo más opuesto a la de un banquero de Lombard Street. ¡Trigos y naves!... Y en la actitud fisiocrática de espíritu sedentario y quieto, que mucho de nuestro pueblo de tierra adentro de España ha adoptado ante la guerra, no hay que ver sino la falta de propia conciencia colectiva refleja, el no conocerse el pueblo a sí mismo, a falta del espejo universal del mar y la xenofobia que de esa inconciencia procede. *Esos navieros...*” (*O.C.*, XI, 399-404).

hicieron porque el pueblo que les rodeaba, aunque se creía dueño de medio mundo, carecía del sentimiento de la internacionalidad. El que un italiano al servicio de Castilla descubriera la América y el que la única heredera de los Reyes Católicos, la Loca, se casara con un príncipe austríaco. Y luego hubo que regir América, hubo que regir Flandes y regiones de Italia desde un lugar situado a más de 600 metros sobre el nivel del mar y a más de 600.000 de distancia de él. Que es como si se quisiese regir la India desde la santa ciudad de Lasa, en el Tíbet, donde reside el Gran Lama.

En otro orden de cosas, Unamuno, a quien en su refugio salmantino le llegaban los vientos de Europa y del mundo y que más de una vez nos enseñó que lo universal está en lo local e incluso en lo individual y nunca en lo cosmopolita, se rebeló contra la capitalidad intelectual de la villa y corte. Al aldeanismo cultural de ello derivado aludía así también durante la guerra⁸⁴:

Y he aquí por qué creo que así como en provincias hay más que en Madrid quienes viven en comunicación espiritual con el mundo europeo, así en provincias hay más gente que en Madrid que esté en relación espiritual con la América española. La biblioteca española donde he encontrado más publicaciones americanas es la biblioteca de la Universidad de Santiago de Compostela. Cierto es que Galicia es lo más cercano, espiritual y materialmente, de América.

Muchas veces se ha hablado aquí de las consecuencias de que este Madrid, la capital de España, esté tan lejos de la costa, sea tan tierra adentro. Es la capital española más lejana del mar. Y esto la pone, materialmente también, la más lejana de América. Y ello tiene sus consecuencias. *Para esta gran capital de la Mancha la América está muy lejos.* Nada americano puede llegar a ser aquí popular. Y el pueblo de Madrid influye en el gobierno español.

Antes de cerrar este apartado, permítasenos confesar cómo hemos visto desde siempre en la capitalidad literaria de Madrid y en la residencia poco menos que obligada en él de la mayoría de nuestros grandes escritores un pesadísimo lastre para nuestras letras. En la villa y corte la vida literaria sustituye a la literatura viva. Y hombres procedentes de países de personalidad muy diferenciada ven a la fuerza un tanto cortados allí los vuelos de su natural inspiración⁸⁵.

⁸⁴ *De relaciones hispano-americanas*, en *La nación*, de Buenos Aires, 16 de enero de 1916; *O.C.*, VIII, 516-17. En *El frío de la villa-corte* (*O.C.*, VIII, 548) destaca la amabilidad, pero también la falta de cordialidad de la capital.

⁸⁵ El malagueño Salvador González Anaya, uno de los pocos que no se rindió a ese señuelo, escribía en 1948 al dedicar su novela antequerana *La jarra de azucenas*: "¡Ojalá y tantos escritores como dan pábulo a sus ocios por el barrio de las Injurias, o por salones linajudos que sólo conocen de oídas, se dedicaran —en no siendo literatos de los Madriles— a describir los espectáculos que sus lugares les

El paisaje castellano

¡No es tu reino, oh mi patria, de este mundo;
 juguete del destino,
 tu reino en lo profundo
 del azul que te cubre has de buscar;
 esta peña gigante es un camino
 de Juan el de la Cruz pétrea escala
 la eterna soledad para escalar!

Así cantaba don Miguel *En Gredos* en 1911⁸⁶, colocándose en ese mismo plano trascendente a la historia que ya de antes nos es conocido.

Pero no ignoró, ni mucho menos, la influencia del paisaje en el acuñar-se de la psique del hombre de esa protagonista. Y en concreto muchas veces así pensó en el de Castilla. Sólo por contraste salen a relucir en su obra, en ese ámbito claro está, casi siempre los de las demás regiones.

A un paisano escribía en noviembre de 1889, luego de un viaje a Alcalá de Henares, antes por supuesto de haberse avecindado en Salamanca⁸⁷:

Nuestro país —añadía usted— es más *bonito*, pero menos grave, menos hermoso; aquellos nuestro paisajes parecen nacimientos de cartón, con casitas blancas, con arbolitos redondos y verdes, con arroyos de cristal. En Castilla, el espíritu se desase del suelo y se levanta, se siente un más allá y el alma sube a otras alturas a contemplar sobre estos horizontes inacabables y secos una bóveda azul y transparente, inmóvil y serena... Comprendo que estos campos hayan producido almas enamoradas del ideal, secas y cálidas, desasidas del suelo o ambiciosas, místicos como Santa Teresa y San Juan de la Cruz, espíritus inmensos como el de don Quijote y el Segismundo calderoniano, conquistadores que van a sujetar las tierras que se extienden más allá de donde se pone el sol. Sólo Dios es Dios, la vida es sueño y que el sol no se ponga en mis dominios.

Advirtamos cómo la mística y la conquista se hacen entroncar ya en este temprano escrito con el paisaje de la tierra de unos y otros caballeros⁸⁸. Y también el cotejo con el propio, con el vasco tan distinto, y

procuran. Hay un aforismo que expresa que "el hombre siente el medio en que ha nacido"; y esta verdad profunda y sabia, propia del genio que la adujo, el semidiós de Weimar, ¿podrá negarse que viene cual anillo al dedo?" (*Obras completas*, Madrid 1948, pág. 1691). Asombra la universalidad y el europeísmo de escritores periféricos que se mantuvieron fieles a su ambiente. Pensamos vg. en la novela *Fra Vernero* de RAMÓN OTERO PEDRAYO.

⁸⁶ *O.C.*, XIII, 834.

⁸⁷ *En Alcalá de Henares. Castilla y Vizcaya; O.C.*, I, 154. Forma parte del libro *De mi país*.

⁸⁸ Cf. *Sobre la argentinidad*: "Fue leyendo al gran historiador y psicólogo portugués Oliveira Martins como me hirió la imaginación la voz *hombridade*, que aplica a los castellanos. Tenemos, es cierto, la voz *hombría* en el giro "hombría de bien"; pero "hombridad" me pareció un hallazgo. No es lo mismo que humanidad, voz que siendo de origen erudito, se halla estropeada por aplicaciones pedantescas y sectarias"; *O.C.*, IV, 810.

ambos igualmente entrañables para él, aunque sin olvidar que al castellano había de quererle todo lo especialmente que su adquisición por derecho de conquista merecía.

En 1910 el cotejo era el catalán ⁸⁹:

¿A dónde me ha traído el comentario de Balmes? El cual, por cierto, jamás se dejó llevar a semejantes terribilidades. Su fuerte dosis de sentido común, práctico catalán, le apartó de todo misticismo. No había en él la estofa de un San Juan de la Cruz, el castellano. *Vich no es Fontiveros*. No hay sino leer, en el capítulo XXVIII de la ética de su *Filosofía elemental*, las páginas que dedica a la inmortalidad del alma y los premios y penas de la otra vida. Todo es del más sosegado sentido común: falta el soplo del misterio. Es una disertación retórica, y hasta elocuente.

Al pie del Maladeta, reiteraba en 1919 la equivalencia entre el conquistador y el hombre paramero ⁹⁰:

Aquel hombre, nacido y criado allí, entre montañas —y el que esto os dice nació y se crió también entre ellas, aunque no tan grandiosas como las del Pirineo aragonés—, agazapado al pie de ellas, es bravo, pero de una bravura defensiva. Los grandes conquistadores se formaron en la llanura; fueron hombres del llano, aquí, en España, extremeños. Y esto lo sentí el día en que desde Yuste, donde murió Carlos I de España y V de Alemania, el hijo de la Loca de Castilla y del Hermoso de Flandes, el nieto de los Reyes Católicos de Castilla y Aragón y de los Emperadores del Sacro Romano Imperio Germánico, desde Yuste, al pie de Gredos, espinazo de España, contemplé, bruñida al sol, la recia paramera de Extremadura.

Y ya sabemos como por conquistador tuvo a su señor don Quijote, hijo también de su llanura manchega ⁹¹:

De esta tierra, de esta Mancha, de un lugarón manchego, al romper del alba, cuando el sol iba a salir de la tierra, su reino de la noche, para subir al cielo, su reino del día, y cuando iba a brotar del lindero común, salió don Quijote. Y al romper del alba también, mientras los niños de coro cantaban misa de alba, salió de tierra —¡como nos lo cuenta el P. Sigüenza el jerónimo!— Felipe II en El Escorial. Otro solitario. Que solitario fue nuestro señor Don Quijote. Y solitario en el otro sentido, el de soltero.

Quede flotando aquí un interrogante. Don Miguel se ha enamorado del paisaje de Castilla, de un paisaje que no es el suyo, al contrario, que está en sus antípodas. Y considera al tal paisaje decisivo para el acuñarse

⁸⁹ *Un filósofo del sentido común*; O.C., IV, 825.

⁹⁰ O.C., I, 803.

⁹¹ *Dos lugares, dos ciudades*; O.C., I, 1035.

de la historia por sus hijos labrada. Así las cosas, ¿no debe esto matizar-nos un tanto algunos de sus juicios más integralmente negativos de la parte de la historia española que por la influencia de aquel paisaje, al menos desde su punto de vista, se gestó? ⁹².

Las raíces y la madre Roma

En *Andanzas y visiones españolas* incluyó don Miguel una visita al acueducto de Segovia, *Una obra de romanos* ⁹³. Y aprovechando el asombroso botón de muestra nos dejó allí expresada su fe en la permanencia del legado imperial a nuestras provincias:

Arpa de piedra le llamó Zahonero al colosal aguaducho de Segovia, aunque de seguro no canta el viento, por fuerte que sople, entre sus arcadas. En torno de ellas chirlean los vencejos, que ponen entre sus piedras sus nidos. Porque esas piedras, amontonadas tácticamente sin argamasa alguna, achaflanadas por aguas y soles y vientos de siglos, conservan su individualidad cada una de ellas y son como otros tantos soldados de una legión en orden de batalla quieta. El aguaducho de Segovia tiene algo de un az (no haz) romano armado de todas armas. Y para llevar agua al campamento o a la ciudad.

... Y si aún persiste tanto que levantó el pueblo rey es porque guarda su función, porque lleva o conserva algún género de agua. Como en el Derecho mismo ⁹⁴.

Las arpas de piedra, como las de oro, acaban por enmudecer y por arruinarse cuando su canto no suena a cosa de entendimiento en los oídos de los hombres; pero los aguaduchos de doctrina corriente, de ideas, y

⁹² Cf. la crítica a la exaltación monopolística del paisaje castellano por los hombres del 98 en el valenciano, bien consciente de su condición periférica, JOAN FUSTER: "Desde el punto de vista literario, el paisaje de la Huerta de Valencia ha pasado, en lo que va de siglo, por una cuarentena muy estricta... Y no es que falte el turismo, ni que éste salga menos admirado de sus incursiones huertanas. Lo que falla es la literatura. La aportación ultrapirenaica ha disminuido hasta quedar en insignificante; la de los españoles es prácticamente nula. En cuanto a estos últimos, el caso se explica por la rehabilitación paisajística de Castilla emprendida por *la generación del 98, que fue un golpe fatal para los paisajes peninsulares menos lúgubres y metafísicos que la meseta*. Se trataba, ya, de desaire o de desdén... Pero me niego a creer que la vega opulenta, el vergel cumplido y regocijante, sean, en tanto que paisaje, menos nobles y dignos que cualquier otro. Quizá no dan muchas facilidades a la retórica histórico-teológica, como las da, por el contrario, el de Castilla; de todos modos, está por demostrar que el hecho de sugerir esa retórica sea algo valioso y razonable" (*El país valenciano*, Barcelona 1962). A pesar de haberse ya convertido en un clásico, sigue teniendo vigencia para toda esta problemática el libro de L. FEVRE: *La terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire* (París 1922).

⁹³ O.C., I, 834 y 836-37.

⁹⁴ El 22 de junio de 1933 publicaba en *Ahora, Séneca en Mérida*, escribiendo: "El teatro de Mérida, a cielo abierto de España, ha sido desenterrado — ¡tanta tradición hispano-romana por desenterrar!... — gracias, sobre todo, al benemérito Mérida, y hoy, al sol, nos habla de un secular pasado de grandeza. Todo lo que se hizo a durar para siempre vuelve a ser restaurado de una o de otra manera; sólo perecen las ruinas que se construyeron como tales, a queriendas o sin quererlo"; O.C., I, 1094.

sobre todo de ideas que apagan nuestra sed de justicia, duran más que aquellas. La *Iliada* de Roma es el Código de Justiniano o acaso más bien la Ley de las Doce Tablas. Y el aguaducho de Segovia, obra de romanos, es, a su vez, un código.

La pasión filológica unamuniana, por otra parte, no podía por menos de valorar, en el haber de Roma en nuestro libro de cuentas, la herencia del idioma que hablamos, tan evidente que por eso es menospreciada, cuando de calibrar la envergadura de la romanización se trata, por ese cierto tipo de eruditos desdeñosos de cuanto no se presente como fruto esotérico de pintorescas cavilaciones a veces armadas de cifras⁹⁵. Y así ya leemos *En torno al casticismo*⁹⁶:

El pueblo romano nos dejó muchas cosas escritas y definidas y concientes, pero donde sobre todo se nos ha transmitido el romanismo es en nuestros *romances*, porque en ellos descendió a las profundidades intra-históricas de nuestro pueblo, a ser carne del pensar de los que no viven en la historia⁹⁷.

El que quiera juzgar la romanización de España no tiene sino ver que el castellano *en el que pensamos y con el que sentimos*, es un romance de latín casi puro: que estamos pensando con los conceptos que engendró el pueblo romano, que lo más granado de nuestro pensamiento es hacer conciente lo que en él llegó a inconciente.

Pero es más todavía. Ni siquiera para su pueblo vasco, y cuando se expresa en su idioma ancestral y de ignotos orígenes, deja el rector salmantino de valorar la impronta lingüística de la madre Roma. Y así terminaba el 9 de octubre de 1933 su artículo en *Ahora, Puerilidades nacionalistas*⁹⁸:

Y por ahora, adiós —a Dios—, que volveremos a ello. Y no digo *agur*, aunque sea palabra latina, porque es del saludo romano *bonu auguriu*: “buena suerte”, y por tanto, pagana. Como son latinas casi todas las palabras eusquéricas que denotan actos o cualidades religiosas, espirituales y

⁹⁵ Sin embargo insiste en su trascendencia lo más serio de la novísima investigación. Así MIGUEL TARRADELL, en *Història del país valencià* (Barcelona 1965) I, pág. 162: “La transformació del país en els aspectes que hem anat veient fins ara, en el poblament i en l’administració, en la política, en la societat i en el món econòmic, no hauria arribat a tenir la trascendencia que adquirí —sobre tot de cara a la història futura— si alhora no s’hagués produït un canvi més pregon encara, que afecta més a fons els individus. Volem dir allò que en definitiva podria dir-se’n el canvi de mentalitat. L’expressió més visible d’aquest fenomen és la llengua. L’ibèric desaparegué i fou substituït pel llatí. El procés fou, naturalment, molt llarg i és molt difícil de seguir, ja que no podem guiar-nos exclusivament de les manifestacions externes, si hem d’arribar al fons de les coses”. Cf. id., en J. VICENS VIVES: *Historia de España y América* (2.ª ed., Barcelona 1971) págs. 141-214.

⁹⁶ O.C., III, 199.

⁹⁷ Alude aquí don Miguel a su teoría de la intra-historia. Una aproximación a ella y a la problemática conexa, en nuestro *Unamuno y la Historia*, en estos *Cuadernos*, XXI (1971) 103-156.

⁹⁸ O.C., VI, 353.

aun las de términos genéricos. Que fue el latín el que dio mayoría conceptual al vascuence; fue la civilización latina la que le sacó de la infancia sin historia a mi pueblo, llevándole a la madurez espiritual de la historia española⁹⁹.

En 1899, superando la visión superficial de la historia que se nos ha dado muy a menudo en los años escolares, según la cual cada cambio de dominación en la península habría estado señalado por una irrupción masiva de pueblos capaces de transformar un mucho la antropología física del país, insistía¹⁰⁰ en la índole civilizadora de la aportación lingüística, en la inanidad de la racial, y en la relevancia de otros factores para el cambio de mentalidad:

Eso de raza latina es, en el sentido en que por lo común se le toma, un gran error, cuando no una gran mentira. Lo latino en España es, con excepción del vascuence, los idiomas que en ella se hablan. Pero el idioma no constituye la raza, ni mucho menos; la raza primitiva se entiende, la carnal, por así decirlo, la raza fisiológica, aunque constituya la raza histórica en formación, la familia del espíritu, familia que se está haciendo.

Roma nos conquistó y civilizó, como a Italia y a Francia; nos dio su lengua y su derecho, nos legó su espíritu.

E inmediatamente, hacía seguir una reivindicación de la permanencia de la contextura vital más vieja del poblamiento primitivo:

Pero todo esto es todavía pegadizo, es *histórico*, y nada más; cuenta pocos siglos de existencia. Por debajo de ello palpita nuestro fondo primitivo, nuestra alma *prehistórica*¹⁰¹, la roca viva del espíritu nacional, mucho más uno de lo que comúnmente se cree. Y todas las investigaciones antropológicas, todos los estudios acerca de nuestro tipo físico, confirman una verdad que ya vislumbra un sentido histórico sano. Tal verdad es la de que los diversos pueblos que han invadido nuestro suelo apenas han dejado más que instituciones o cosas externas; muy poco, casi nada, de su sangre, absorbida y neutralizada al punto. Meten mucha más bulla en la historia los romanos, los godos y los moros que invadieron la Península, pero es que en la historia se oye más a los cuatro que gritan que a los cuarenta mil que callan; los caballos relinchadores de los moros meten más bulla que los lentos y pacientes bueyes que trillaban en silencio las mieses de los invadidos mientras aquéllos galopaban por los campos del Guadalete.

⁹⁹ En 1886, al final de su serie de artículos en la *Revista de Vizcaya, Del elemento alienígena en el idioma vasco*: "Los latinos nos sacaron de la barbarie, ellos nos han civilizado, ellos nos arrastran consigo a fundirnos en la gran familia latina, hija del pueblo más grande, más robusto y más fecundo. Yo quiero mucho a mi pueblo vasco; pero hace mucho tiempo que dejé los entusiasmos románticos"; *O.C.*, VI, 131. Recalca en pág. 120 cómo ese elemento alienígena "representa aquellas ideas que acusan cierto grado de cultura".

¹⁰⁰ *Afrancesamiento*, en *O.C.*, XI, 69-70.

¹⁰¹ Esta vez es nuestro el subrayado.

En otras ocasiones volvería sobre el tema, tanto el lingüístico¹⁰², como el otro. En una de ellas, en los juegos florales de Cartagena de 1902¹⁰³, guardaba un cierto equilibrio, que desde luego, más o menos matizado, nos parece evidente a la luz de las ciencias históricas, entre el haber de lo indígena y lo romano en nuestro hacer vital, cuando decía:

Fuimos romanizados a pesar de Indíbil, Mandonio, Viriato y Numancia; lo más y mejor de lo que a costas llevamos debémosselo a Roma: latina es antes que nada nuestra cultura, pero ni le somos deudores a Roma de las entrañas de nuestro espíritu ni es de creer que hayamos aún convertido en carne y sangre propias esa cultura misma de que estamos revestidos. Acaso para civilizarnos reprimió y comprimió Roma muchos de nuestros más radicales instintos; la corriente histórica no corre siempre pareja con la sotohistórica, como no siempre sigue el río que a luz se tiende el rumbo mismo de las aguas soterráneas; hay fallas.

Y añadía más adelante¹⁰⁴, como programa:

Y lleva el alma española gran ventaja para complejizarse, y es la variedad interna del cuerpo en que habita, de la Península Ibérica, rica en contrastes de clima y de terreno. Y aún añadid la América española.

... Hemos, pues, de españolizarnos aún más, entresijándonos la cultura latina, haciéndola nuestra, mas sin hacer por ello latino nuestro espíritu. Usemos de ese precioso apero que a los romanos debemos para desagobiarnos de él y de ellos; echemos mano como a un arado a esa cultura, que en mucha y buena parte llevamos a costas como un arreo. Así se nos gozará ella.

Reconocidos hemos de quedar para siempre a Roma. Aquí mismo empezasteis por beneficiar en vuestra minería los grandes escoriales romanos para pasar más tarde a los nativos criaderos. Y esto debe enseñarnos a socavar los yacimientos de esa cultura, en busca de nuevos filones espirituales en la roca eruptiva del alma popular.

Y en 1922, desde *Nuevo mundo*, de Madrid, cargando otra vez la nota en la trascendencia del fondo indígena y de la aportación romanizadora¹⁰⁵:

¹⁰² Contra los latinismos artificiosos en el castellano se pronunció en su densísimo discurso *España y los españoles*, en los juegos florales de Cartagena, el 8 de agosto de 1902; *O.C.*, IV, 1080. En su sentido y extenso prólogo a la *Vida y escritos del Dr. Rizal* de W. E. RETANA (Madrid 1907), escribió: "Cuando los romanos llegaron a España, debían de hablarse aquí por lo menos tantas lenguas como en Filipinas cuando allí arribó mi paisano Legazpi. El latín resultó una manera de entenderse los pueblos todos españoles entre sí, y el latín los unificó, y el latín hizo la Patria. Y pudiera muy bien ser que el castellano, el español, y aun el tagalo, haga la unidad espiritual de Filipinas"; *O.C.*, XVI, 767-68. Véase en su discurso sobre la lengua en las cortes constituyentes (*O.C.*, V, 691) su respuesta a un diputado de la minoría vasco-navarra que le interpeló sobre la palabra euskera "gogua".

¹⁰³ *O.C.*, IV, 1078. El mismo cit. en la nota anterior.

¹⁰⁴ *O.C.*, IV, 1087-88.

¹⁰⁵ *O.C.*, V, 50. Es el artículo cit. en la nota 18. En *Junto a las rías bajas de Galicia*, dentro de *Andanzas y visiones españolas*, escribe: "El paganismo, que en

¡Y aquellos incautos indígenas de nuestra vieja España; aquellos iberos cabileños que huyendo de los semitas cayeron en los latinos!! ¡Y cuán profundamente fueron romanizados luego! Mas no sin que les quedase un poco de la dominación semita. Sobre todo, a los paisanos de Indibil y Mandonio, los cantados por Guimerá.

Trascendencia de la Reconquista

Ya vimos atrás cómo don Miguel superó fáciles simplificaciones de la realidad histórica a propósito de la interpretación del fenómeno reconquistador, destacando su trasfondo social. Sin embargo, ello no quiere, ni mucho menos decir, que menguase su relevancia para el hacerse de España. Por descontado que no fue un precursor de aquellos estudiosos frente a los cuales ha dicho no hace mucho don Claudio Sánchez Albornoz que van a obligarle a reconquistar la reconquista¹⁰⁶.

Meditando contemplativamente en *La Flecha*, el escenario salmantino campestre inspirador y sedante de Fray Luis de León, se preguntaba por la falta¹⁰⁷ del sentimiento de la naturaleza en la literatura castellana, falta más acusada, aun tratándose de un sentimiento moderno, en nuestras letras que en otras coetáneas, y amén de algunas otras consideraciones marginales¹⁰⁸, opinaba muy significativamente:

Ofrécesenos, en general, este pueblo como pueblo urbano y guerrero, sin clara conciencia de la hermosa soledad de la austera llanura que lo sustenta. Recogido en ciudades y poblados donde se defendía y amparaba

ninguna parte murió, sino que se hizo bautizar cristianizándose más o menos, late aquí más vivo que en otras regiones españolas, tal vez porque el antepasado del gallego, un celta, tenía una mitología naturalista de que carecía el beduino, abuelo del castellano, el ibero recio"; *O.C.*, I, 668. La historiografía más nueva ha superado esta visión de nuestro pasado étnico. Las mismas ideas de la nota 100 en carta a Ganivet; *O.C.*, IV, 989, donde escribe también: "Nosotros los vascos tenemos fama, como usted me lo recuerda, de conservarnos más puros. No sé si esto es verdad; sólo sé que para que esta idea se haya difundido ha servido el que hayamos tenido la felicidad de ser un pueblo sin historia durante siglos enteros". Alusiones a la romanización en su obra poética, *Numancia*, en *Rosario de sonetos líricos*, *O.C.*, XIII, 587; y núm. XLVII *De Fuerteventura a París*, *O.C.*, XIV, 526. Síntesis del estado de la cuestión en la valoración para el hacer español de lo indígena y lo romano, J. M. BLÁZQUEZ: *Problemas en torno a las raíces de España*, en *Hispania*, XXIX (1969) 245-86. Los puntos de vista de SÁNCHEZ ALBORNOZ en *España un enigma histórico* (2.^a ed., Buenos Aires 1962). En II, pág. 106: "Como en otros muchos aspectos del vivir hispano, el señorío de Roma más afirmó que modificó la herencia temperamental de la España primitiva". Y en I, pág. 616, matiza: "No creo en la perduración inalterable de las cualidades de los pueblos. La dominación de España por Roma no pudo brindar un clima propicio para la conservación de los viejos sentimientos hispanos rezumantes de magnífica grandeza".

¹⁰⁶ Véase *España* cit., para su exposición de la reconquista como "clave de la historia de España", I, págs. 14-15, y II, págs. 9-10.

¹⁰⁷ *O.C.*, I, 46.

¹⁰⁸ Como no haber superado la servidumbre económica hacia la tierra sustentadora. En este sentido, también *El sentimiento de la naturaleza*, en *Por tierras de Portugal y de España*, *O.C.*, I, 588.

de las incursiones del moro y de los contrapuestos rigores de la intemperie, desarrolló en su espíritu sentimientos sociales de viril independencia y de anárquica altivez, más no fue a bañarlo en la calma sedante de la reposada campiña que ante él se desplegaba serena y seria. Su campo fue campo de labor y de batalla, al que la lucha de ocho siglos no le dio bastante tregua para mirarlo con ojos de paz y de sosiego. Y así vemos que lo culminante en su literatura es el teatro, en cuyas tablas y al aire libre no pocas veces juegan las pasiones sus conflictos y el hombre y sus actos lo absorben todo.

Por otra parte, no es difícil atisbar en la obra unamuniana, un cierto enlace del pasado reconquistador con esa proclividad hispana a la guerra civil, tema que tan agónico fuele a don Miguel hasta la sepultura, sino desde la cuna¹⁰⁹, y una visión de la reconquista como favorecedora del individualismo rebelde de sus protagonistas¹¹⁰.

La empresa americana

¿Qué pensó don Miguel de nuestra expansión ultramarina, de esa que para Pío Baroja supuso, con la inquisición, la gran sangría de la raza, y que cantaríe el conde de Foxá como "el octavo día de la creación?"

En la estación de Medina del Campo, la noche del 20 al 21 de septiembre de 1910, se dejaba inspirar por "aquella hidalga tierra isabelina, — la de cruz y espadón, sotana y cota, — que allende el mar, en extensión remota, — vendió su sangre al precio de una mina"¹¹¹. Y en *Síntesis*, de Buenos Aires, desde su destierro de Hendaya, publicaba el 18 de agosto de 1927¹¹² un artículo sobre la *Hispanidad* en que afirmaba con optimismo histórico:

La hispanidad, ansiosa de justicia absoluta, se vertió allende el océano, en busca de su destino, buscándose a sí misma, y dio con otra alma de tierra, con otro cuerpo que era alma, con la americanidad que busca también su propio destino. Y lo busca con justicia.

Tenemos así ya captados los dos enfoques de su visión, muy parejos en equilibrio a los que en gemelas ocasiones ya le conocemos. De un lado,

¹⁰⁹ Cf. *El soñar de la esfinge*, en *Ahora*, 16 de abril de 1933; *O.C.*, VIII, 1075-76.

¹¹⁰ Véase *Literatura gauchesca*; *O.C.*, VIII, 90. Perduración de las consecuencias de la vida reconquistadora derivadas, en *Sobre el marasmo actual de España*, *O.C.*, III, 283. Para la valoración del elemento judío en la forja de lo hispano, *La gloria de don Ramiro*, en *Por tierras de Portugal y de España* (*O.C.*, I, 491: "hay quien dice que somos protosemitas, que corre por lo menos por nuestras venas sangre berberisca"); y *Andología* (*O.C.*, VIII, 709: "¿Moros y cristianos? Pero en España hubo y hay más. Hubo y hay también judíos y... gitanos. ¡Y lo que estos últimos han influido!"). Cf. SÁNCHEZ ALBORNOZ: *España* cit., II, cap. 14, "Límites de la contribución judaica a la forja de lo español".

¹¹¹ *O.C.*, XIII, 532.

¹¹² *O.C.*, VIII, 654.

un idealismo individualista; de otro, un conocimiento de las realidades sociales.

Por sus versos medinenses vemos que los determinantes económicos de la gesta no se le escaparon ni mucho menos. En otra tribuna bonaerense, *Caras y caretas*, reconocía en 1921¹¹³:

“Entre las provincias y tierras de Indias que con mucho trabajo, hambre, valor y esfuerzo en tiempo del emperador Don Carlos Quinto, Máximo Rey de España, descubrieron y conquistaron los españoles, fueron los ricos reinos del Perú...” Así empieza y para no seguir de un modo digno de tal principio el libro que sobre la *Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de don Pedro Gasca* escribió don Juan Cristóbal Calvete de la Estrella. “¡Con mucho trabajo, hambre, valor y esfuerzo!” Y qué bien está eso de hambre, entre el trabajo, el valor y el esfuerzo. ¿Y hambre de qué? Hambre sobre todo de oro; hambre y sed. Testigo, Atahualpa.

En su correspondencia con Ganimet, inclinó el de Bilbao la balanza del lado de los intereses materiales, polemizando así con el de Granada. Escribióle a éste Unamuno¹¹⁴:

La misma cuestión colonial, hoy tan candente que nos abrasa, es ante todo y sobre todo una cuestión de base y origen económicos. Hay que estudiarla no en nuestra historia colonial, que sólo cuenta lo peculiar; no en los épicos relatos de nuestros navegantes de la Edad de Oro, no en toda esa faramalla de nuestros destinos en el Nuevo Mundo, sino en las aduanas coloniales. No creo con usted que fuimos a evangelizar y cometer desafueros, sino a sacar oro; fuimos a sacar oro, que pasaba luego a Flandes, donde trabajaban para nosotros y a nuestra costa se enriquecían con su trabajo.

En tanto que Ganimet insistía a su corresponsal en su punto de vista¹¹⁵:

Dice usted, amigo Unamuno, que España fue a América a buscar oro, y yo digo que irían a buscar oro los españoles (y no todos), pero que España fue animada por un ideal. Durante la Reconquista se formó en España ese ideal, fundiéndose las aspiraciones del Estado y la Iglesia y tomando cuerpo la fe en la vida política. La fe activa, militante, conquistadora, fue nuestro móvil, la cual creó en breve sus propios instrumentos de acción.

Y en 1909, en Trujillo, viendo jugar en el casino, reflexionaba el rector de Salamanca¹¹⁶:

El Perú fue el gran tapete verde en que echaron sus cartas sangrientas los Pizarro. El empuje que lanzó a aquellos aventureros a las Indias Occi-

¹¹³ *La sed de oro*; O.C., V, 1066.

¹¹⁴ O.C., IV, 993.

¹¹⁵ O.C., IV, 1013.

¹¹⁶ *Por tierras de Portugal y de España*; O.C. I, 585.

dentales fue el empuje mismo que hoy lleva a sus descendientes a agruparse en torno al tapete verde. Es el ansia de enriquecerse sin trabajo, sin trabajo regular, constante, metódico, aunque haya para ello que pasar hartos trabajos; es el amor no sólo al lucro sino a la aventura, a la emoción violenta, a las impresiones que el azar nos procura. ¿Quién puede negar que en el alma de aquellos conquistadores, así como en la de estos jugadores, no hay algo más que la sed de oro, que el afán de lucro?

Y en su último viaje a Portugal, en 1935, uno antes de hundirse en la eternidad, *Junto al cabo de Roca*¹¹⁷, destacaba otro de los aspectos de la motivación, a saber la búsqueda del campo sin puertas, de la tierra libre¹¹⁸, de la vida amplia incluso en horizontes geográficos no vedados ni siquiera conocidos:

Aquellos navegantes que se lanzaron "mar tenebroso" adelante, tras el vellocino de oro, a las riquezas del Dorado, creyendo haber de encontrar en ellos la independencia económica del pueblo, iban en realidad huyendo de ella, iban tras la libertad del individuo, iban a asentar el contento del hombre libre en tierra libre, no acotada. Por mares antes nunca navegados a tierras antes nunca aradas. Tuvieron que acotarlas y se reanudó, en otro mundo, la vieja tragedia¹¹⁹.

No estamos acordes con la agria simplificación barojiana, según la cual la felicidad para Unamuno era saber que iban a ocuparse de él mil años después de su tramonto. Su mensaje escatológico es mucho más hondo y muy distinto. Sin embargo, no negamos algún remoto enlace entre él y ese anhelo de gloria que no debió estar, objetivamente ausente, de la motivación de nuestros conquistadores, y que el rector de Salamanca destacó desde luego. Al comentar el episodio de los molinos de viento, en su *Vida de don Quijote y Sancho*¹²⁰, escribió:

...y hay que convenir en que nuestros mismos conquistadores de América unieron siempre a su sed de oro sed de gloria, sin que se logre en cada caso separar la una de la otra. De gloria y de riqueza a la vez dicen que habló a sus compañeros Vasco Núñez de Balboa, en aquel glorioso 25 de setiembre de 1513, en que de rodillas y anegados por el gozo, en lágrimas sus ojos, descubrió desde la cima de los Andes, en el Darién, el mar nuevo.

¹¹⁷ O.C., I, 1118-20: "Aquí, un poco al norte de este risueño, verde y soleado Estoril, donde se aíslan los turistas, se alza frente al cielo y a la mar, el camoniano (de Camoens) cabo de la Roca, extremo cabo accidental de Europa, avanzada sobre América".

¹¹⁸ Para lo que él llama, y equivale a este fenómeno, "Edad de fronteras", véase GEOFFREY BARRACLOUGH: *La Historia desde el mundo actual* (trad. Madrid, 1959) págs. 175-80.

¹¹⁹ BARRACLOUGH, ob. cit. en la nota anterior, pág. 178, afirma vg. que "entre 1890 y 1910 la frontera se cerró".

¹²⁰ O.C., IV, 121.

Y en un artículo, *Sueño y acción*, de destinación ultramarina como tantos otros de su pluma y de su no pingüe presupuesto ¹²¹:

¿Qué llevó a la acción a don Quijote, y a Colón, y Cortés y Pizarro y Magallanes y a toda la perdurable raza de los héroes? Un sueño generoso y grande: el sueño de gloria.

Ni que decir tiene que su comprensión de estos anhelos era plena. Y así no duda en vindicarlos expresamente para *Bernal Díaz del Castillo* ¹²²:

Robertson hablaba del amor propio y vanidad tan graciosos del viejo capitán Díaz del Castillo. No vemos la vanidad. "Dignos éramos de estar escritos en letras de oro" —dice una vez el conquistador, y lo repite—, pero... ¿vanidad?

Mas, pasando a otro orden de cosas al fin y al cabo más trascendente, ¿cuál el balance postrero de la colonización? En el plano individual, la índole heroica de los conquistadores, le parece haber encarnado en muy caracterizados tipos humanos de nuestra América. Así, en uno de sus estudios que dedicó a don Juan Valera y publicó en 1894 en la *Revista española* sobre *El gaucho Martín Fierro* sostenía ¹²³:

Martín Fierro, poema de un Hernández, hijo de un Hernando español, es español hasta el tuétano. Al oírle cantar sus combates con el indio, parece que resucitan a nuestra fantasía las luchas entre moros y cristianos. Nuestros aventureros que se pasearon por Flandes, Italia y América, dijeron tal vez antes que Martín Fierro...

¹²¹ O.C., V, 112.

¹²² O.C., V, 215. Para la conservación de las colonias, destaca con mucha más intensidad las motivaciones económicas, específicamente aduaneras, y ello en fechas todavía candentes, como 1899 y 1905. Véanse sus cartas a don Casimiro Muñoz y a don Mariano José Mandueño; O.C., VIII, 69 y 363. Para la influencia en la psique conquistadora del paisaje castellano, nos remitimos a lo antes dicho. Con las preferencias ganaderas de los castellanos, entronca la conquista, al reseñar el libro del profesor argentino JUAN AGUSTÍN GARCÍA: *La ciudad indiana. Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII* (Buenos Aires 1900), en O.C., VIII, 124. Véanse también, ya para el proceso colonial en conjunto, y las causas concretas de la independencia, sus otras críticas librarias, a *Las grandes mentiras de nuestra historia*, de FRANCISCO BULNES (Méjico 1904), en O.C., VIII, 256 y 258; y *La anarquía argentina y el caudillismo*, de LUCAS AYARRAGARAY (Buenos Aires 1904), en O.C., VIII, 298. Sobre el pesimismo quijotesco español, según él fruto de "la vieja España patrimonial desde el tiempo de los Austrias", en Bolívar y San Martín, *Don Bartolomé Mitre, español*, en O.C., VIII, 628.

¹²³ O.C., VIII, 123-24. En *Nuestros yos ex-futuros*: "Hace unos años, escribiendo un ensayo sobre Martín Fierro, el poema gauchesco del argentino José Hernández, sostuve que reproduce la España de la reconquista. Y es que el gaucho, como el toro y el caballo que vagan libres e indómitos por los campos de Sur América, no es salvaje sino cimarrón y lleva en sí una tradición de civilización y cultura"; O.C., X, 534. En el mismo sentido, comentando a SALAVERRÍA: *Alrededor del protocolo*, O.C., VIII, 485.

Por supuesto que la asimilación lingüística, al catedrático salmantino no había de parecerle flaca partida en el haber español allende el mar tenebroso. Y sobre todo teniendo en cuenta como el mismo castellano coloquial había calado en el pueblo sudamericano¹²⁴. Al reseñar en *América analizada por un argentino*, el libro de Carlos Octavio Bunge *Nuestra América*¹²⁵, insiste en la idea que ya le conocemos de la irrelevancia étnica de la mayoría de las invasiones de nuestra península, de todas las históricas por supuesto, "porque pudiera ser, y somos muchos los que así creemos, que todas esas invasiones no pasaron del pellejo del pueblo, y algunas apenas trascendieron de leve faja de costas, y que más nos dejaron utensilios, artefactos, voces, instituciones, etc., que no sangre ni caracteres fisiológicos y psíquicos", y si bien no niega la evidencia del mestizaje destacado por el autor, no le cree tan decisivo, en cuanto:

No es cosa de meternos aquí a discutirlo; pero sí he de decir de paso, y reservando el tratarlo para otra ocasión, que cada día creo menos en eso de las razas, y más en el poder de la sugestión y de la educación e imitación, y que me parece que más que con la sangre les va a los suramericanos el españolismo con la lengua, sangre del espíritu, *en la que reciben en potencia todo un modo de pensar y concebir, y con las costumbres y hábitos y tradiciones populares*. Quien hable en español pensará en español, quíéralo o no, y aunque ni lo crea ni lo sepa.

Y en 1919, en *La nación* bonaerense, mostrándose contrario a las hiperboles festeras del 12 de octubre y demás, a eso mismo que el profesor socialista de Derecho penal, Luis Jiménez de Asúa había llamado "el hipo hispanoamericanista"¹²⁶:

El que esto escribe tiene un patriotismo que se podría llamar lingüístico, mantenido y acrecentado acaso por su función oficial de enseñar la historia de la lengua española; para él la lengua es patria. Dice y repite que le tiene sin cuidado el que se habla mal de España siempre que sea en español.

La extensión de la lengua al ámbito de la civilización, sin más, luego de recalcar la perogrullada por tal no menos necesitada de ser expresa, de que los hispanoamericanos de hoy son los descendientes de los conquis-

¹²⁴ O.C., VIII, 164-65, comentando el poema argentino de FRANCISCO SOTO Y CALVO: *Nostalgia* (Chartres 1901), y la índole popular aquí del léxico que como apéndice al libro se daba cual americanista.

¹²⁵ O.C., VIII, 212-14. Cf. el paralelo entre las dos guerras independentistas, en *El dos de mayo*; O.C., VIII, 414.

¹²⁶ O.C., VIII, 595, *La fiesta de la raza*. Sobre la falta de influencia de los emigrantes italianos en el español de Argentina (menor que en nuestro castellano clásico del XVII), O.C., VIII, 479-80, *Sobre la continuidad histórica*.

tadores y no quienes nos quedamos acá, y esta vez desde el madrileño *Nuevo mundo*, en 1917¹²⁷, la recalca en *La hermandad hispánica*:

España es depositaria del patrimonio espiritual de una gran raza. Pero ese patrimonio espiritual no es ningún inmueble, ninguna dehesa, ningún coto que esté ligado al solar en que nacieron los abuelos. El patrimonio espiritual puede muy bien atravesar los mares y nadie le tiene en depósito. Y hasta pudiera ocurrir que tengamos un día que ir a buscar civilidad hispánica, esto es, verdadera españolidad, espíritu de libertad y de independencia y de dignidad civiles encarnados en nuestra lengua, allá, a aquellas tierras de allende el Océano, donde las conciencias nacionales se fecundan mejor que aquí en conciencia internacional.

No nos extrañará, pues, que, a veces, insistiendo en una de las notas de la orquestación, pudiese suscribir la exaltación del poeta uruguayo Zorrilla de San Martín, manifestada en La Rábida al conmemorarse el cuarto centenario del descubrimiento¹²⁸, y con ocasión de criticar su obra oratoria, de que "La América nació de una herida de gloria que esa España se hizo en el corazón", y que todavía en la luna de miel del nuevo régimen republicano, el 12 de agosto de 1931, en *El Sol*, presagiase su inmediatamente futura esporádica aproximación a José Antonio Primo de Rivera y su actitud durante la guerra civil anterior al incidente del 12 de octubre¹²⁹:

Tuvimos, sí, una Monarquía española; mejor, una realza que en su forma dinástica se ha hundido, quisiéramos creer que para siempre; pero tuvimos también una España monárquica, que, si no en pie, sigue bajo el pie del árbol, en la tierra materna que guarda a los que fueron y a los que serán. *Y esta es la España imperial...* La España monárquica, es decir —entendámonos, perezosos de mente—, la del Poder —arquía—, uno —monos—, no era la Monarquía española histórica, como institución jurídica; era la España que sentía su imperio, la España radical. El gran

¹²⁷ *O.C.*, VIII, 553-54. Sobre el aparental antiespañolismo mejicano, véase *Nuestro gran amigo Chichimecatecle*, *O.C.*, VIII, 621-22. Con vistas a la actuación hispanoamericanista en el presente y futuro, *Congresos hispanoamericanos*, en *O.C.*, VIII, 640-44.

¹²⁸ *O.C.*, III, 933-34.

¹²⁹ *O.C.*, *¡España, España, España!*, en *O.C.*, V, 61. Sobre la aproximación de don Miguel a la Falange, SALCEDO: *Vida cit.*, págs. 381-83 y 386-88. Cf. el balance en Salvador de Madariaga: "¿Exito o fracaso? Todo depende del punto de vista con que se pregunta. Abrase un atlas... y ¿dónde hay en la Historia mayor fracaso? Pero médanse las cosas con criterio distinto del político y económico; recuérdese a todo un continente asimilado efectivamente a la civilización y vida europeas sin sacrificar al indígena ni dejarlo fuera de este proceso, en cuanto dependía de los descubridores; ... y que queda vivo el lenguaje, con los modos de pensar y sentir que cría en el ser, y que todo el pueblo que lo habla aprende con él el valor del ocio y el sentido de la resistencia pasiva a ese insidioso enemigo del hombre que es el Estado moderno, sobre todo el buen Estado, y ¿es tanto fracaso?"; en *Cuadro histórico de las Indias. Introducción a Bolívar* (Buenos Aires 1950) págs. 431-432.

poeta imperial de Roma, Virgilio, cantó: "¡Italia, Italia, Italia!"; y esta estremecida jaculatoria pasó al gran gibelino Dante, y al gran gibelino republicano Mazzini, y al gran gibelino republicano Carducci.

Por supuesto que la contrapartida no había de escapársele. Ya hemos sentado que para don Miguel, el ideal histórico concreto, no era impedimento para su comprensión de las realidades de la historia total. Y así, aparte de detalles menores¹³⁰, desde Las Palmas, en 1909, evocando la resistencia inútil del reyezuelo guanche Bencomo al conquistador Alonso de Lugo, del mismo género de las descritas por Bernal Díaz del Castillo, escribía¹³¹:

Pocas cosas hay más melancólicas que la lectura de los relatos de estos combates de los conquistadores con las indiadas. Hace pocos días aún, aquí en estas islas, leía el relato que hace Prescott de la batalla de Otumba, y se me llenaba el alma de tristeza. Como se llenaba de tristeza también al leer en los periódicos el relato de como ahí, en el Rif, barrían nuestros cañones las filas de los pobres y bravos berberiscos.

Y a Ganivet le llegaba a rezongar una crítica más total, no consecuente con buena parte de los párrafos que anteceden, aunque no cerradamente contradictoria con ellos y que sirve para hacernos ver cómo en él predominara lo de viviente sobre lo de consecuente, dicho sea de paso¹³²:

Más de una vez se ha dicho que el español trató de *elevar* al indio a sí, y esto no es en el fondo más que una imposición de soberanía. El único

¹³⁰ Así, en *Por tierras de Portugal y de España*, en *O.C.*, I, 412, *La pesca de Espinho*, sobre la decadencia de esta industria a principios del XVI, "como efecto de los grandes y gloriosísimos viajes", e *ibid.*, 414, *Braga*, sobre el crepúsculo de la capital del Miño. En *Recordando a Pereda*, IV, *ibid.*, 884, sobre el mal gobierno colonial, de acuerdo con la correspondencia del general don Gregorio de la Cuesta (1741-1811), vencedor de la batalla de Talavera. El 8 de mayo de 1915 decía en Valladolid: "Alguna vez se ha querido presentar a Castilla como un pueblo de opresores, de tiranos. Desgraciadamente, ¡ni eso! Castilla no tiranizó a América, hizo algo peor que tiranizarla, y fue gobernarla como se gobernaba a sí misma, es decir: no gobernarlo. Hizo peor que hacer mal, que fue no hacer. Bolívar lo dijo"; *O.C.*, VII, 899.

¹³¹ *La laguna de Tenerife*, en *Por tierras de Portugal y de España*; *O.C.*, I, 571-72.

¹³² *O.C.*, IV, 963. Ponderación en el juicio de contraste entre las colonizaciones ánglica e hispana en Madariaga, *Cuadro cit.*, págs. 179-81. A lo precolombino se refiere don Miguel intuitivamente en términos sorprendentemente próximos a los de la más moderna investigación arqueológica. En *A la memoria de Neruo*: "Pero ¿no es América, y sobre todo su litoral del Pacífico, cuyo susurro oyeron en su niñez, desde León el uno, desde Tepic el otro, Darío y Neruo, un Oriente del Extremo Oriente asiático? ¿Y es que las almas de los primitivos de Méjico y de Nicaragua no tenían alguna hermandad con las de los asiáticos del Extremo Oriente?"; *O.C.*, VIII, 565. Una evocación de la infancia en *Mi visión primera de Méjico*, *O.C.*, X, 146. El padre de don Miguel había sido indiano en Tepic. Recordábamos este texto al oír en 1971 disertar sobre los orígenes del hombre americano al profesor PERICOT en el Ateneo de Salamanca.

modo de elevar al prójimo es ayudarle a que sea más él cada vez, a que se depure en su línea propia, no en la nuestra. Vale, sin duda, más un buen guaraní o un tagalo que un mal español.

“Colonizar no es ir al negocio, sino civilizar pueblos y dar expansión a las ideas”, dice usted, Y yo digo, ¿a qué ideas? Y, además, el ir al negocio, ¿no puede resultar acaso el medio mejor y más práctico de civilizar pueblos? Con nuestro sistema no hemos conseguido ni aun lo que Pío Cid en el reino de Maya. Yo no sé si como ha habido civilización china, asiria, caldea, judaica, griega, romana, etc., cabrá civilización tagala; pero es el hecho que nada hemos puesto por despertarla, contentándonos con provocar entre los indígenas filipinos el fetichismo pseudocristiano.

Austrias y Borbones

El 1 de octubre de 1931 inauguraba don Miguel el primer curso “republicano” de su Universidad salmanticense. Alardeando de su individualismo irreductible, pero no con miras exhibicionistas, sino traduciendo sentimientos y meditaciones que ya le hemos detectado, dijo entonces ¹³³:

Pero aquellos Reyes Católicos formaron la unidad de España, fundaron la imperialidad española, y conviene hacer presente que las empresas que acometieron, y que ahora es moda censurar, eran obra del imperialismo español, que fue siempre democrático y que hizo hacer a los reyes empresas que el pueblo sentía. Fue el pueblo español, no sus reyes, el que sentía aquellas grandes obras.

El Imperio abarca a la República y a la Monarquía; es a la vez monárquico y republicano.

En otras ocasiones le hemos oído expresarse en términos muy distintos de la institución monárquica hispana. Ciertamente que ya sabemos cómo no confundía una y otra noción. Pero al menos en lo que antecede hay que ver una confesión de que esa monarquía no esterilizó del todo la fuerza creadora del pueblo.

A la de Carlos I, tóvola por *damnosa hereditas*, y condenó su labor unificadora, ya *En torno al casticismo* ¹³⁴:

Carlos I continuó la obra de unificación, gracias en gran parte a aquella invasión de extranjeros que nos metió en casa, porque de más de una manera acelera la individuación de un cuerpo el que penetren en él elementos extraños, excitantes, de cristalización. Carlos I continuó la obra de unificación metiendo a España en concierto europeo.

¹³³ O.C., VII, 1007. Antecedía una evocación de la muerte en Salamanca del príncipe don Juan, y de la frustración consiguiente sucesoria. La visión agorera de las dinastías enfermizas en *Castillos y palacios* (O.C., I, 948) y *De Tordesillas a Yuste* (O.C., I, 1011). En *Hacia El Escorial* (O.C., I, 635; *Andanzas y visiones españolas*), llama a Isabel “la gran reina”. En *Recelosidad y pedantería* (O.C., XI, 199) otra vez exalta las cualidades directoras de los Reyes Católicos y de Cisneros.

¹³⁴ O.C., III, 205.

En *Desde mi Bilbao*, artículo que el 6 de enero de 1924 publicaba en *El mercantil valenciano*¹³⁵, creía en una cierta invertebración de la España moderna, paralela, por la falta de burguesía, a la que por la correlativa de feudalismo Ortega pensó para la medieval, y achacaba el debe un tanto al César Carlos:

En la derrota de Villalar, cuando sucumbió el espíritu de las comunidades de villanos, de ciudadanos, de burgueses, se alzó el poder imperial sobre los rebaños rústicos, sobre las masas de que se sacaban los tercios de Flandes y los demás mercenarios de la Contra Reforma. Después cabe decir que no ha habido verdadera burguesía en España... Y como en España no ha habido burguesía, no ha habido verdadera clase media, o lo que se llamó el tercer Estado.

A la muerte de los rebeldes castellanos, cayó sobre su tierra “un grave sueño imperial”¹³⁶.

Una constante significativa en toda la obra unamuniana es su vindicación del Escorial¹³⁷, que si no puede extrañarnos por su sintonía con lo más hondo del espíritu de don Miguel, tampoco nos puede parecer ayuna de compromisos históricos, dada la muy densa significación “temporal” del monumento. Escribía en el período republicano¹³⁸:

¿Frío? Cuando se dice del castellano Escorial que es —en sentido artístico— frío, replico: “¿Frío?” Frío, no, ¡seco!” Y la sequedad —tan castellana— no es frialdad. Hay huesos que al que les toca le queman. En literatura nuestro Quevedo es seco, ¿pero frío? ¿Frío El Escorial? Más fría —en el sentido susodicho— la Alhambra, aunque más luminosa. ¿Frío El Escorial? ¡Ni Felipe II! Su jardín de los frailes podrá ser una ascética escuela de sequedad y aun de sequía, ¿pero de frialdad? ¡Vamos... a no confundir, pues, las especies, es decir, las ideas!¹³⁹.

¹³⁵ O.C., X, 570.

¹³⁶ O.C., I, 847; *Extramuros de Avila*, de *Andanzas y visiones españolas*. Otras referencias a los comuneros en *Arte de marear*, O.C., V, 107, y en la misma cita de la nota 133, al principio.

¹³⁷ Véanse *Muere Felipe II en El Escorial*, en *Poemas y canciones de Hendaya*, núm. 284 (O.C., XV, 284); *Meditación escurialense*, publicada en *Ahora*, el 9 de agosto de 1935 (O.C., I, 995-98); *No existe lo primitivo*, en O.C., XVI, 866; *Manzanares arriba o las dos barajas de Dios*, en O.C., I, 971; y *En El Escorial*, de *Andanzas y visiones españolas* (O.C., I, 642-44), aquí con una negación explícita del barroco, que es una limitación unamuniana. Cf. la postura afirmativa “religiosa” de JORGE SANTAYANA en su autobiografía, hija de ver en él el deseo de dar a Dios el máximo.

¹³⁸ *Andología*, en *Ahora* (13 de enero de 1934; O.C., VIII, 711-12).

¹³⁹ Véanse todavía, *Nueva vuelta a Portugal*, I, en O.C., VIII, 1087; y *Poemas y canciones de Hendaya*, núm. 1159, en O.C., XV, 541.

Nuestro catolicismo total

Dada la entraña de su temperamento y la constante de su mensaje, no nos puede extrañar que para don Miguel la religión fuese el resorte de la Historia¹⁴⁰. Y en consecuencia, ninguna dificultad podía suponerle la valoración hiperbólica del factor católico en la española, primero bajo la reconquista, al fin y al cabo pugna, si no constante, permanente, de dos civilizaciones de distinta veste sacra, y luego, con nuestra singularidad moderna, de raíces por cierto bien medievales, de pretensiones internacionales de catolicismo hegemónico¹⁴¹. El crepúsculo político de este anacrónico ideal no equivalía a un fracaso, por supuesto, para nuestro Quijote de la universidad de Salamanca. Y así escribía¹⁴² al prologar la versión española *De la estética* de Benedetto Croce¹⁴³:

Así Carducci, que presumía de conocer nuestra literatura, y en parte la conocía; Carducci, el que habló de las contorsiones de la "afanosa grandiosidad española" (*Del rinnovamento letterario in Italia*), escribió en sus *Mosche cocchiere* que "en el concilio olímpico donde se asientan Dante y Shakespeare, hasta España, que jamás ejerció hegemonía de pensamiento, tiene a su Cervantes, mientras Italia siguió mandando a más de uno. ¿Que jamás tuvo hegemonía de pensamiento? La historia de la Compañía que fundó el español Iñigo de Loyola, y su acción en Trento, tal vez probara que no puede afirmarse esto tan en absoluto. Esa hegemonía podría ser buena o mala, según de donde se mire.

¹⁴⁰ Así, en su ya citado artículo *La gloria de don Ramiro*, pág. 489: "Y, en general, es en el aspecto religioso donde hay que ir a buscar lo más típico y más radical de un pueblo. Importa poco lo que cada uno de sus habitantes, tomado en singular, piense o diga sobre religión; hay algo como un sentimiento religioso, más o menos vago y revestido de una aparente irreligiosidad a las veces, de la colectividad, y es el que mejor recoge ese sentimiento, el que mejor también representa a su pueblo. Y ni la política, ni la literatura, ni el arte tendrán eficacia y durabilidad mientras no vivan de ese sentimiento, que no hay que confundir con dogmas concretos y formulables intelectualmente". Cf. la clasificación de las civilizaciones en ARNOLD J. TOYNBEE según la religión. Es la clave de su monumental *Estudio de la Historia*.

¹⁴¹ En *Avila de los caballeros (Por tierras de Portugal y de España; O.C., I, 497)*: "Y fúndense en ella lo caballeresco y lo monacal, como en nuestra vieja España se fundieron".

¹⁴² *O.C., VII, 260.*

¹⁴³ Madrid 1912. *A Zuloaga, el vasco*, decíale en 1908: "Un vasco, un paisano tuyo y mío, Iñigo de Loyola, impuso el alma de España a la Europa del siglo XVII. Sigamos su ejemplo, Partió de Loyola, pero no a Madrid, sino a París" (*O.C., XI, 547*). En *El jugo de mi raza (O.C., X, 953)*, aludiendo a que Ignacio no pensó y sintió "su fe cristiana y católica en el eusquera o vascuence del pie de Izarraitz—esto es, Peña de la Estrella—, donde se asienta, entre Azpeitia y Azcoitia, el solar de Loyola", apostilla: "Y así, en lengua universal y católica, pudo pensar una religión universal o católica. Y fundar luego una Compañía universal".

Y en 1915, obsesionado con el para él negativo repliegue de España en su neutralidad, volvía los ojos a los tiempos mejores en que orquestaba el país en el mundo¹⁴⁴:

Felipe II comprendió mal, según nos dice Soloviev, la idea de la unidad católica. Es decir, no fue Felipe II, sino la España del siglo XVI. Pero aquella España tuvo un ideal sobrenacional, universal, humano, y aunque fracasó en él, fue una nación, una¹⁴⁵ verdadera nación frente a las demás naciones, y no una región independiente —al parecer, por lo menos— como es hoy.

Para él, desde luego que bajo el signo católico, España cuajó su historia moderna, no sometida a los moldes artificiosos de una institución ajena al pueblo dominado, sino adaptada naturalmente a los mismos en su psique colectiva hecha de individualidades¹⁴⁶:

Y así resulta muy exacto lo que Oliveira Martins decía en su espléndida *Historia da civilização ibérica*, libro 4.º capítulo III, y es que “el catolicismo dio héroes, y el protestantismo sociedades sensatas, felices, ricas, libres, en lo que respecta a las instituciones y a la economía externa, pero incapaces de ninguna acción grandiosa, porque la religión comenzaba por despedazar en el corazón del hombre aquello que le hace susceptible de las audacias y de los nobles sacrificios”.

Esta psique católica, con sus consecuencias en la vida social, y como hacedora por lo tanto de la Historia, fue la de nuestro pueblo¹⁴⁷:

Este pueblo de las asociaciones y los contrastes se acomodaba bien a afirmar dos mundos, un Dios y un diablo sobre ellos, un infierno que temer y un cielo que conquistar con la libertad y la gracia, ganado al Dios misericordioso y justo. Fue este pueblo de teólogos, cuidadoso en

¹⁴⁴ *Sobre el regionalismo español*; O.C., XI, 359. Cf. *Tres españoles de trasantano*, sobre lo mítico de Recaredo, los Reyes Católicos, Felipe II e Iñigo de Loyola; O.C., XVI, 896. Los tres personajes son Prisciliano, Prudencio y Orosio.

¹⁴⁵ Cf. *Renovación (Respuesta a un pésame)*, en O.C., X, 1006: “Mas quiero dejar sentado que si no hay una sola España, tampoco hay una sola Francia, pese a su proverbialmente supuesto centralismo. Ninguna tradición viva es unitaria. ¿Unidad católica? ¡Leyenda!; y dejemos la blasfemia de que no puede ser buen español quien no es buen católico. En sus últimos años no pensaba así don Marcelino”.

¹⁴⁶ O.C., XVI, 195. En 1932 escribía en *El sol* sobre *La enormidad de España*: “¿Y cuál la norma española? ¿Cuál la norma de cuando España, la eterna, tallo aquende y allende la mar dos mundos? ¿Cuál la norma, la escuadra, del universal imperio español, carolino y filipino, calderoniano y cervantino —mejor: segismundiano y quijotesco—, iñiguiniano y teresiano? ¿Cuál ese norma? Esa norma fue y es —y esta sí que es paradoja, y trágica— la enormidad. La norma castizamente española es la enormidad, es una escuadra para escuadrar el cielo y tallarlo a nuestra medida. Lo anormal, nuestra normalidad”. Notemos la complacencia que pone en la constatación de esta tragedia. (O.C., V, 72-76).

¹⁴⁷ *En torno al casticismo*; O.C., III, 251.

congruír los contrarios; teólogos todos, hasta los insurgentes, teólogos del revés los librepensadores. En la teología no hay que desentrañar con trabajos *hechos*, sino combinar proposiciones dadas, es asunto de "agudeza de ingenio", de intelectual. De esta casta brotaron los principales fautores de Trento y los llamados *Domini canes*, la Orden de Predicadores que se estrenó *contra* los albigenses, y la *Milicia* de Jesús más tarde¹⁴⁸. Un portugués, el impetuoso San Antonio, fue el que primero peleó contra los herejes en la Orden de paz y de tolerancia del pobrecito de Asís.

Y esa simbiosis de la religiosidad inspiradora de nuestra locura medieval histórica, de este y aquel lado del mar tenebroso, en la Europa moderna, por los descubrimientos geográficos precisamente sobre todo alumbrada¹⁴⁹, explica en la manera unamuniana de ver las cosas la índole incluso popular de la ineludiblemente correlativa intolerancia¹⁵⁰:

De esta envidia arranca la tan decantada democracia castellana: la que se ha llamado, por unos, democracia cesarista; por otros, democracia frailuna. Es la nivelación en la indigencia moral e intelectual.

Lo más grande de la frailería era, y es, que el hijo de un porquero pueda llegar a arzobispo de Toledo. Nunca aquí el episcopado se reclutó, tanto como en Francia, de entre los hijos de la nobleza.

He aquí un pueblo democrático, pero antiliberal. Como si se le deja a cada cual vestirse a su antojo, aquel puede hacerlo de modo que se le tenga por elegante, y yo no. ¡Uniforme para todos! y así persiste la Inquisición, ya que no en las leyes, en las costumbres.

Por que la Inquisición brotó de las entrañas mismas de este pueblo, de su poso de envidia, y fue una dicha que la encauzara la Iglesia, estableciendo Tribunales del Santo Oficio y procedimientos regulares, porque

¹⁴⁸ Abunda en *Del sentimiento trágico de la vida*: "Pero nuestra órdenes españolas son, sobre todo, la de Predicadores, que Domingo de Guzmán instituyó para la obra agresiva de extirpar la herejía; la Compañía de Jesús, una milicia en medio del mundo, y con ello está dicho todo; la de las Escuelas Pías, para la obra también invasora de la enseñanza... Ciertamente es que se me dirá que también la reforma del Carmelo, orden contemplativa, que emprendió Teresa de Jesús, fue obra española. Sí, española fue, y en ella se buscaba libertad. Era el ansia de libertad, de libertad interior, en efecto, lo que en aquellos revueltos tiempos de inquisición llevaba a las almas escogidas al claustro. Encarcelábanse para ser mejor libres". (*O.C.*, XVI, 412).

¹⁴⁹ Es la tesis de JEAN DELUMEAU: *La civilisation de la renaissance* (Paris 1967).

¹⁵⁰ *Sobre el problema catalán*; *O.C.*, XI, 157. Al conmemorar en el Ateneo de Madrid a Joaquín Costa, en 1932, dijo: "Los españoles pasan, en cuanto a los ritos religiosos, por los más supersticiosos de los mortales, decía Servet. Pues, como Servet, somos muchos los españoles que también somos de esta manera: inquietos y revolveros de cofres grandes"; *O.C.*, VII, 1034-35. Notemos en *Dos celebraciones*: "Es curioso que los más de los teólogos españoles hayan sido más propensos al pelagianismo, a dar valor al libre albedrío, que no a la doctrina contraria. Y, sin embargo, el pueblo cree aquí muy poco en el valor del propio esfuerzo. Pese al jesuitismo, la doctrina de Miguel de Molinos, el celeberrimo quietista aragonés, es lo más español. Hay que esperar la bolada, pero hay que esperarla desesperadamente, y sin hacer nada para que ella nos llegue"; *O.C.*, VIII, 638. ¿Explicaría esta nota, paradójica con nuestra gestas imperiales, el fracaso de éstas a nuestro rector?

si llega a actuar por jurados populares o por sufragio universal, no se escapa con vida ni uno que se distinguiese de la común ramplonería de pensar.

La caballería a lo divino, podría parecer del todo incompatible con la postura hostil de don Miguel, socialista primero y liberal siempre, por nacionalista que se sintiese, al militarismo de su tiempo. Pero no lo fue así. Su cotejo de San Ignacio¹⁵¹ con don Quijote fue una de sus debilidades. Le trae a colación en su comentario al libro, a propósito de la primera salida del hidalgo¹⁵², de su vela de armas¹⁵³, de la batalla con el gallardo vizcaíno¹⁵⁴; y de su penitencia en Sierra Morena¹⁵⁵. Y no titubeó en escribir irresistiblemente significativo¹⁵⁶:

Y yo le digo a mi joven comentarista que si Miguel de Cervantes Saavedra, en vez de haber perdido tan sólo la mano, hubiese perdido la vida toda en aquella gloriosísima batalla de Lepanto contra el bárbaro turco —a quien por fin, ¡gracias a Dios!, se prevé que han de arrojarlo de Europa— no habría podido escribir el *Quijote*, salvando así su nombre con su obra, pero habría salvado su alma incorporándola anónimamente a la obra de la Historia. Y Esquilo, en su epitafio, no habló de sus obras dramáticas, sino de la batalla de Maratón en que tomó parte. Y si en aquella batalla hubiese muerto sin haber podido escribir su *Prometeo*, habría salvado su alma en el alma eterna de Grecia.

¿Compatible tal entusiasmo con su valoración de la mística, con la índole esencialmente religiosa de su personalidad y su vocación creadora y

¹⁵¹ Notemos la aguda observación de Giovanni Papini. De los grandes santos San Ignacio es, a la vez, el más católico y el menos popular. Relacionemos esto con la "mala prensa" española.

¹⁵² *O.C.*, IV, 93.

¹⁵³ *O.C.*, IV, 101. San Ignacio velólas ante el altar de la Virgen de Montserrat. Sobre la alternativa entre vida monástica y religiosa militante, o contemplación y acción, a propósito de esa efemérides, J. LECLERCQ: *Aspects du monachisme hier et aujour'hui* (París 1968) 309-21.

¹⁵⁴ *O.C.*, IV, 124.

¹⁵⁵ *O.C.*, IV, 175. El santo hizo la suya en la cueva de Manresa.

¹⁵⁶ *Salvar el alma en la historia*; *O.C.*, XI, 956. Está escrito también en el período bélico europeo, 1915. Notemos que para don Miguel la caballería a lo divino no suponía una paradoja, en cuanto caballería y religión eran naturalmente híbridas. En *Del sentimiento trágico de la vida*: "¿Qué era, en efecto, la caballería que luego depuró y cristianizó Cervantes en *Don Quijote* al querer acabar con ella por la risa, sino una verdadera monstruosa religión híbrida de paganismo y cristianismo, cuyo Evangelio fue acaso la leyenda de Tristán e Iseo? Y la misma religión cristiana de los místicos —estos caballeros andantes a lo divino—, ¿no culminó acaso en el culto a la mujer divinizada, a la Virgen Madre? ¿Qué es la mariolatría de San Buenaventura, el trovador de María?"; *O.C.*, XVI, 346. Al comentar el capítulo VIII de la segunda parte del *Quijote*, estima también obras de caballería a lo divino las de Francisco de Asís y Teresa de Jesús; *O.C.*, IV, 230. Y dando cuenta del libro *São Paulo*, de Texeira de Pascoães, en cambio opina: "Aunque Iñigo, el soldado del catolicismo jesuítico, racionalista, el antimístico, ¿qué iba a hacer en este libro de íntimo espiritualismo?" (*O.C.*, XI, 1022-1026).

sentidora? Nosotros así lo creemos, pero si se adopta otra postura habremos de recordar cómo fue don Miguel hombre de vivientes contradicciones. ¿Acaso no nos han salido ya, nos están saliendo bastantes al paso, en problemas menores más concretos de los que recorriendo vamos de la historia de nuestro país? Algo hemos de decir de lo que acerca de los místicos castellanos sintiese, en cuanto les tuvo por muy enraizados en su casta, y por ende en las cualidades por esta desplegadas al hacer historia. Ya *En torno al casticismo*¹⁵⁷ escribía:

Robustísima en ellos la afirmación de la individualidad (cosa muy distinta de la personalidad)¹⁵⁸ y del libre albedrío, grandísima la cautela con que bordean el pantefismo... Y es tan fuerte el individualismo este, que si San Juan de la Cruz quiere vaciarse de todo, busca esta nada para lograrlo todo, para que Dios y todo con El sea *suyo*.

Como no fueron al misticismo por hastío de la razón, ni desengaño de ciencia, sino más bien por el doloroso efecto entre lo desmesurado de sus aspiraciones y lo pequeño de la realidad, no fue la castellana una mística de razón racionante, sino que arrancaba de la conciencia oprimida por la necesidad de *lex* y de trabajo.

Esa compatibilidad de la mística con el catolicismo imperial, para el caso concreto de la castellana, ¿no viene un tanto envuelta en las peculiaridades de la propia ascesis que la acompaña? Y otra vez *En torno al casticismo*¹⁵⁹:

Y, volviendo a la mística castellana, la ascesis que de ella brotaba era austera y militante, con tono más estoico que epicúreo, varonil, Santa Teresa no quería que sus hermanas fuesen mujeres en nada, ni lo pareciesen, *sino varones fuertes*, y tan varoniles, que *espanten a los hombres*.

¹⁵⁷ O.C., III, 258-59.

¹⁵⁸ O.C., III, 265-66, insiste sobre la falta de personalismo: "Estos individualistas eran profundamente antipersonalistas. La mística de San Juan de la Cruz es de sumisión y cautela... Libertad por sumisión y no por rebelión, intimando la ley colectiva externa, no volviéndose a sí para proclamar la propia". Interesante es, en el prólogo a su "vieja comedia nueva" *El hermano Juan o el mundo es teatro*, su contraste entre la relación conyugal de los místicos católicos con Dios, y la filial de Lutero, O.C., X, 874-75. Cf. en *Del sentimiento trágico de la vida*: "Una visión beatífica, una contemplación amorosa en que esté el alma absorta en Dios y como perdida en El, aparece, o como un aniquilamiento propio o como un tedio prolongado a nuestro modo natural de sentir"; O.C., XVI, 354. Y en *La agonía del cristianismo*: "¡Nada! Así es como se ha producido ese especial nihilismo español —más valdría llamarle *nadismo*, para diferenciarle del ruso— que asoma ya en San Juan de la Cruz, que reflejaron pálidamente Fenelon y Madame Guyon y que se llama *quietismo* en el español aragonés Miguel de Molinos. Nadismo que nadie ha definido mejor que el pintor Ignacio Zuloaga..."; O.C., XVI, 501.

¹⁵⁹ O.C., III, 266. Nótese el cotejo que sigue entre nuestro misticismo y el italiano del siglo XIII. En *El Greco*, destaca cómo éste vio ahogarse su idealismo italiano bajo el espiritualismo castellano de Toledo: "Vino acaso buscando El Escorial, donde quería trabajar, y halló nuestra alma... con un espiritualismo concentrado, violento y tormentoso"; O.C., XI, 588.

Pero cuando es del todo concluyente es al suscribir unas impresiones de su traductor inglés y compañero entrañable en Fuerteventura y pródigo corresponsal, J. E. Crawford Fritch, al criticar su libro *A Little Journey in Spain: Notes of a Goya Pilgrimage*, publicado en Londres, en 1914¹⁶⁰:

Pero vedle frente a los retratos de *hombres desconocidos* que pintó el Greco y que están en el Museo del Prado: "Si estos fueron típicos españoles de la edad de la Armada, y así lo creo, pienso que la historia de España necesita ser escrita de nuevo. No son altaneros grandes, ni beatos quemadores de herejes, ni truculentos piratas. Sus rostros pálidos y pensativos parecen indicar una vida interior encendida por tan intensa llama como para casi consumir sus fuerzas corporales. Son místicos, pero con el sagaz juicio práctico que es no pocas veces el complemento de un sano misticismo".

Acaso en una de sus cartas a Ganivet se encuentre, dentro de la obra de don Miguel, la más contradictoria postura con la compatibilidad que nos viene ocupando, y, ante todo, no ya para salvarla, sino para comprenderla en el contexto, fijémonos en su fecha bien temprana, literalmente decimonónica¹⁶¹:

Pero el impulso que a los sentimientos religiosos pudo haber dado en España la mística castellana quedó poco menos que en mera iniciación; fue ahogado por factores históricos, por el fatal ambiente en que se movía la historia de nuestro pueblo. La reforma teresiana, después de haber sido embotada en su misma orden, fue oscurecida por los jesuitas. La Compañía de Acquaviva más bien que de mi paisano San Ignacio —espíritu nada jesuítico— es la que de hecho ha dado tono desde entonces a la religiosidad conciente de España.

De principios de siglo, de su ya citado denso discurso de los juegos florales de Cartagena, en 1902, es una condena también integral o casi, de nuestra historia movida por el resorte católico¹⁶²:

Sintiéndose cada individuo encastillado en lo que un inglés, don Martín Hume, llama la "individualidad introspectiva" del español, sentía a la vez la necesidad de fuerte liga social; el poso anarquista pedía a gritos costra autoritaria... Ya de antiguo se distinguieron los hispanos a la vez que por su indisciplina por su apego al cabecilla, extremado al punto de la

¹⁶⁰ O.C., VIII, 748-49.

¹⁶¹ O.C., IV, 999.

¹⁶² O.C., IV, 1084-85. Cf. *Sobre el gran Roque Guinart y su imperio*: "Y hay entre nosotros, aquí, en esta España, católicos que deben de creerse cristianos —lo supongo, al menos— que justifican esas horrendas doctrinas paganas de Derecho internacional, cuando no se entusiasman con ellas. ¡Y hasta con Atila!"; O.C., IX, 823. Advirtamos que el tema de Unamuno y el catolicismo está por estudiar. Naturalmente que no contribuirán a ello quienes ensayen en torno al concilio Vaticano II. Tengamos en cuenta la fecha de éste y la de la muerte de don Miguel, sin más.

costumbre dicha del agermanamiento nuestro. Buscóse, pues, unidad, y se buscó en la religión. La desgracia fue que no fuese sobre un credo amplio y sobrio, austero y sencillo, algo así como un Islam cristiano, bajo un concepto, y mejor que concepto sentimiento de la Divinidad, que por su poca comprensión y mucha sencillez le permitiera una extensión vasta, bajo el Dios insondable y cordial de los abismos de los cielos, de las tierras y de los espíritus, que así impuso unidad el musulmán, y fue, sin embargo, tolerante con las demás creencias. En vez del "acto de noticia confusa, amorosa, pacífica y sosegada", para decirlo con decir de nuestro San Juan de la Cruz, nos dio el latino un tejido de dogmas, fórmulas, rúbricas y prescripciones, muy lejano de la libertad y de la sencillez evangélicas, una trama codificada en que el espíritu se ahogaba.

Una cierta y contradictoria nostalgia protestante

En el año de la república, visitaba don Miguel Cuenca y escribía ¹⁶³:

Flores de este paisaje espiritual aquellos hermanos Valdés, de los primeros y próceres renacentistas reformados españoles. Como agua de los ríos natales habíales labrado el alma el caudal de dos tradiciones: la de la fe y la de la lengua. Para Juan, el del imperecedero *Diálogo*, lengua la religión en que hablaba a su Dios y de España, y religión su lengua vulgar, a las que dio nuevo aliento y uso la reforma... *Sabía Valdés que creer es hablar con Dios en la lengua viva de la cuna, sin truchimanes medianeros y en conformidad de incertidumbre.*

Es preciso precavernos contra una cómoda postura que alinee a nuestro rector al servicio de la propaganda de determinadas tendencias religiosas de hoy, sin más abono que las antecedentes líneas. No es cuestión de exhibir aquí otros textos ponderativos del latín sacro y litúrgico, pues nos saldríamos del tema. Ni tampoco siquiera los que aludiendo al protestantismo, con un contenido religioso específico, no rocen el de la historia hispana ¹⁶⁴. Notemos solamente, como dato muy revelador de la hondura

¹⁶³ *Cuenca ibérica; O.C., I, 1025.*

¹⁶⁴ En pro, véanse su valoración de ciertas opiniones de José Enrique Rodó, en *O.C., VIII, 183*; el durísimo ataque a la escolástica de Fray Ceferino González, en *El jubileo de la gloriosa (O.C., X, 411)*; su crítica del libro de viajes de AMADO NERVO: *El éxodo y las flores del camino* (Méjico 1903), en *O.C., VIII, 226*; *Del sentimiento trágico de la vida*: "El más grande servicio acaso que Lutero ha rendido a la civilización cristiana, es el de haber establecido el valor religioso de la propia profesión civil, quebrantando la noción monástica y medieval de la vocación religiosa, noción envuelta en nieblas pasionales e imaginativas y engendradora de terribles tragedias de vida"; *O.C., XVI, 394*. Cf. en *Del sentimiento trágico de la vida (O.C., XVI, 412)*: "Y ya sólo con eso, con que el claustro haya podido darnos un Eckhart, un Suso, un Taulero, un Ruisbroquio, un Juan de la Cruz, una Catalina de Siena, una Angela de Foligno, una Teresa de Jesús, está justificado el claustro". Sobre el tema, JESÚS ALVAREZ ARROYO: *Unamuno y la vida monástica, en Yermo 4 (1966) 1-50*; y nuestra *La fuerteventurosa clausura insular de don Miguel*, en prensa en el homenaje canario a don Miguel con motivo de la inauguración de un monumento al mismo en la isla de su fecundo destierro, que escribimos a ruegos de nuestra entrañable Felisa Unamuno, hija de don Miguel y bien moradora de la Salamanca de aquél y nuestra.

de su agonismo religioso, y muy ilustrativo de rechazo de esas sus contradicciones en la interpretación de nuestro devenir, que, si por una parte, el protestantismo le parecía, a veces, demasiado pacato, otras volvía por los fueros de la diferenciación católica. Así, refiriéndose a la conversión en capilla de Rizal, se quejaba un tanto¹⁶⁵ de los reformados a medias:

El protestantismo proclamó el principio del libre examen y la justificación por la fe —con un concepto de la fe, entiéndase bien, distinto del católico— y hasta cierto punto el valor simbólico de los sacramentos; pero siguió conservando casi todos los dogmas no evangélicos, y entre ellos el de la divinidad de Jesucristo, debidos a la labor de los Padres griegos y latinos de los cinco primeros siglos, es decir, los dogmas de formación y de tradición específicamente católicas.

Parece como si las consecuencias más remotas en el protestantismo liberal a que acto seguido se refería —“pero el principio del libre examen ha traído la exégesis libre y rigurosamente científica, y esta exégesis, a base protestante, ha destruido todos esos dogmas, dejando en pie un cristianismo evangélico, bastante vago e indeterminado y sin dogmas positivos”— le fuesen caras. Y, sin embargo, en *Del sentimiento trágico de la vida*, evocando la para él decisiva postura de san Atanasio, al “afirmar cosas contradictorias entre sí”, al servicio de la voluntad dispuesta a engendrar la fe, se complacía llegando a mirar hasta Pío IX¹⁶⁶:

En Nicea vencieron, pues, como más adelante en el Vaticano, los idiotas —tomada esta palabra en su recto sentido primitivo y etimológico—, los ingenuos, los obispos cerriles y voluntariosos, representantes del genuino espíritu humano, del popular, del que no quiere morir, diga lo que quiera la razón, y busca garantía, lo más material posible a su deseo.

Y un poco más adelante¹⁶⁷ y comprometiéndose mucho más hondo:

Porque lo específico religioso católico es la inmortalización y no la justificación al modo protestante. Esto es más bien ético. Y es Kant en quien el protestantismo, mal que pese a los ortodoxos de él, sacó sus penúltimas consecuencias: la religión depende de la moral, y no ésta de aquélla, como en el catolicismo.

Con una vuelta al reclamo del Vaticano I¹⁶⁸:

¹⁶⁵ O.C., XVI, 779.

¹⁶⁶ O.C., XVI, 192.

¹⁶⁷ O.C., XVI, 194.

¹⁶⁸ O.C., XVI, 199. Cf. para una aplicación concreta a la sensibilidad religiosa española, *Las ánimas en pena*, en *Ahora*, 18 de marzo de 1933, sobre “el realismo religioso español, en íntimo enlace con nuestro tan mentado individualismo”, lo cual “es algo que es muy difícil discernir si es materialismo o es espiritualismo, como no sea ambas cosas, la fe oscura —el anhelo más bien— de un espíritu ma-

¿Y por qué ha de escandalizar la infalibilidad de un hombre, del Papa? ¿Qué más da que sea infalible un libro: la Biblia; una sociedad de hombres: la Iglesia, o un hombre solo? ¿Cambia por eso la dificultad racional de esencia? Y pues no siendo más racional la infalibilidad de un libro o la de una sociedad que la de un hombre solo, había que asentar este supremo escándalo para el racionalismo.

Es lo vital que se afirma, y para afirmarse crea, sirviéndose de lo racional, su enemigo, toda una construcción dogmática, y la Iglesia la defiende contra racionalismo, contra protestantismo y contra modernismo. Defiende la vida.

En *La agonía del cristianismo*, achaca a los reformadores haber incrementado ese agonismo ya vivo en los días primeros, pero sus palabras nos suenan más bien a irónicas entre los dos antípodas esta vez¹⁶⁹:

El paulinismo, la religión de la letra —acaso de la palabra escrita—, fue religión de las ciudades, de masas urbanas, de obreros, de los grandes centros. Lo mismo que el bolchevismo que no entrará en los campesinos, en los aldeanos, en los paganos ortodoxos rusos, atenedos a su tradicional letra hablada.

¡Todo un mundo de contradicciones!

... La Reforma, que fue la explosión de la letra, trató de resucitar en ella la palabra; trató de sacar del Libro el Verbo, de la Historia el Evangelio, y resucitó la vieja contradicción latente. ¡Y entonces si que se hizo agonía la vida del cristianismo!

Los protestantes, que establecieron el sacramento de la palabra —sacramento que mató a la eucaristía—, encadenaron ésta a la letra. Y se pusieron a enseñar a los pueblos, no tanto a oír cuanto a leer.

España liberal

Don Miguel pudo manifestar su legítimo orgullo, no sólo de haberse mantenido siempre liberal, sino de no haber dejado nunca, ni siquiera en

terial"; *O.C.*, XVI, 779. Sobre el Tenorio de Zorrilla, y sus implicaciones teológicas, con su representación la noche de las ánimas como "un acto de culto católico nacional", véase el prólogo a *El hermano Juan*; *O.C.*, X, 872.

¹⁶⁹ *O.C.*, XVI, 484-86. En *Nada de pretensiones* (*O.C.*, X, 362) se refiere a "la Francia de los franceses, la Francia cristiana. Cristiana, digo, sea cristianismo de católicos o de hugonotes o de jansenistas o de jacobinos". Una cierta incitación a una reforma religiosa hispana, en el poema *En la catedral vieja de Salamanca*; *O.C.*, XIII, 232. También en *Mi religión*; *O.C.*, XVI, 121. En fin, criticando *La quimera* de la Pardo Bazán, así como hemos visto parecerle el protestantismo demasiado cerca de lo católico, le parece el catolicismo demasiado poco católico: "Y el catolicismo es, hoy por hoy, entera y radicalmente racionalista. Se ha empeñado en racionar la fe y en hacer creer, no los misterios, sino la explicación que de ellos da, y ha sustituido a la religión con la teología. No basta creer en Dios; es menester admitir que se puede probar filosóficamente la existencia de Dios; y a los que creyendo en Dios sostengan que no creen posible demostrar con argumentos de ninguna clase su existencia, a estos ¡anatema!"; *O.C.*, XVI, 817-18.

el destierro, de gozar de su libertad. Y cuando se dio cuenta, muy en las postrimerías de su vida, de estar en un siglo que no era el suyo, no se convirtió a la realidad, prefiriendo la fidelidad a su rincón anacrónico a ese pecado del conformismo que sería el más capital del siglo nuevo con él reñido¹⁷⁰. Pero no es cuestión aquí de estudiar el liberalismo unamuniano, sino su visión del liberalismo de su país.

Como liberal vio a Salamanca¹⁷¹, su ciudad de adopción, y a su Universidad, la suya también *in eternum*, ya desde atrás¹⁷².

¿Y la contradicción entre esa España liberal y la España católica que protagonizó nuestra Historia post-medieval más que moderna? He aquí su solución en don Miguel¹⁷³:

Más de una vez se ha suscitado la vana cuestión de si en España hubo o no Renacimiento, si hubo o no en ella Reforma, como si España hubiese vivido o hubiese podido vivir separada espiritualmente de Europa. De Renacimiento no hablemos por ahora, y en cuanto a Reforma, lo que se ha llamado la Contra-Reforma, la de Felipe II, la de Iñigo de Loyola, la de Trento —donde los españoles dieron el tono— ¿qué fue sino la otra cara de la Reforma, su complemento dialéctico? Al libre examen reformatorio, al libre examen liberal, respondía aquel famoso tercer grado de la obediencia, la obediencia de juicio, que definía Loyola en su carta definitiva, pero esa obediencia, escuela de mando, ¿no se reduce acaso a ser el alma íntima de un sutil libre examen, padre de restricciones mentales? El jesuítico español¹⁷⁴, escuela del libre arbitrio molinista, opuesto al siervo arbitrio luterano y al predestinarianismo calvinista, ¿qué era sino otra raíz del liberalismo?

¹⁷⁰ Véanse *Paz en la guerra* (sobre sus ataques a la dictadura; *O.C.*, X, 982); *Mi deber de ahora*, en *El liberal* madrileño, 6 de julio de 1921 (*O.C.*, X, 489); *Cruce de miradas*, en *Ahora*, 21 de diciembre de 1934 (“¡Bendito siglo XIX, el napoleónico, el liberal! Estúpido le ha llamado alguien. ¿Quién sabe si en 1980 no se le llamará al siglo XX loco o energuménico? En este siglo, que se anuncia anti-liberal, anti-individualista, ¡qué absurdas individualidades —no personalidades— se alzan como exponentes de colectividades sin juicio!”; *O.C.*, X, 1022).

¹⁷¹ *Salamanca*, en *Andanzas y visiones españolas*: “Pero..., ¿levítica? ¿Levítica Salamanca? Conozco pocas ciudades de mayor tolerancia y amplitud de espíritu. Cierta es que aquí hay procesiones a cada momento, pero eso es algo estético, ornamental”; *O.C.*, I, 724. Cf. *En la Plaza Mayor de Salamanca*; *O.C.*, I, 1031.

¹⁷² *Los estudios del General Belgrano en la Universidad de Salamanca*; *O.C.*, VIII, 356.

¹⁷³ *El liberalismo español*, en *El sol*, 25 de marzo de 1932; *O.C.*, VIII, 705.

¹⁷⁴ A la inversa, en *La afanosa grandiosidad española*, en *Ahora*, 13 de julio de 1934, tiene al liberalismo español, de los doceañistas a Castelar, como “de una universalidad, es decir, de una catolicidad, muy profunda. Y fue otra contorsión de nuestra afanosa grandiosidad española. España se perdió —si es que se perdió— por osar demasiado. Esto o algo así dejó dicho Nietzsche”; *O.C.*, VIII, 720. ¿Otra contradicción más en la falta de herejes en España de que don Miguel se quejó, como indicaría de la falta de profundidad de nuestros teólogos, en *Sobre la lectura e interpretación del “Quijote”* (*O.C.*, III, 844). Cf. *Ginesillo de Parapilla*; *O.C.*, VIII, 810. Ya hablamos antes de la democracia frailuna. Todavía sobre ella, *En torno al casticismo*; *O.C.*, III, 244: “... en gran parte la de la holganza y la pobreza, la de la espórtula y la braveza, anarquista... Y a este anarquismo íntimo acompañaba, como suele, fuerte unificación monárquica al exterior”.

Lo cierto es que la fe unamuniana en el liberalismo, en una cierta entraña liberal, del país, le llevó a ver a su luz acontecimientos tales cual nuestra guerra de la independencia y las americanas. “Y en el fondo, unos y otros peleamos por la libertad civil”, escribía en 1908¹⁷⁵.

Nuestro Renacimiento

La perduración del espíritu medieval en la España moderna, y la inspiración por éste de su política hegemónica de catolicismo total en Europa y de su empresa americana, no son ni un secreto ni un capricho hermenéutico de una cierta historiografía. Tanto sus panegiristas como sus censores, pasando por la vía media de hombres cual Menéndez Pidal —y su glosa de nuestros “frutos tardíos”— y Sánchez Albornoz, están acordes en ello. Concluyendo *Del sentimiento trágico de la vida* escribía¹⁷⁶ don Miguel, identificándose con el anacronismo:

Siéntome con un alma medieval, y se me antoja que es medieval el alma de mi patria; que ha atravesado ésta, a la fuerza, por el Renacimiento, la Reforma y la Revolución, aprendiendo, sí, de ellas, pero sin dejarse tocar al alma, conservando la herencia espiritual de aquellos tiempos que llaman caliginosos. Y el quijotismo no es sino lo más desesperado de la lucha de la Edad Media contra el Renacimiento, que salió de ella.

Así las cosas, naturalmente que había de descartar por ociosa la cuestión terminológica de si tuvimos Renacimiento o no¹⁷⁷, y eso que tanto jugo supo él sacar y enseñarnos a la terminología.

Y no nos asombremos si lo que para don Miguel ocurrió, como le leemos entre líneas, es que hubo demasiado¹⁷⁸:

Don Marcelino no llegó a tocar el fondo de la tragedia espiritual nacional, nacida del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, y que fue, no que nuestras clases cultas, burguesas, hubiesen perdido la fe en la religión católica como freno de malas pasiones, por temor al castigo y amor al premio de ultratumba, que esto no es más que ética y acaso po-

¹⁷⁵ *El dos de mayo*; O.C., VIII, 414. Cf. MIGUEL ARTOLA: *Los afrancesados* (Madrid 1953).

¹⁷⁶ O.C., XVI, 443. “Y un español en el siglo XVI, en Italia, tenía que aparecer como un soldado de Agamennón, redivivo, habría parecido a los atenienses de la guerra del Peloponeso”, escribe *Italianos y españoles en el Renacimiento*; O.C., V, 151. Y ni que decir tiene que dándolo por bien empleado.

¹⁷⁷ Comentando a Quevedo (*Glorioso desprecio*; O.C., V, 254): “¿Hubo o no en su España, en nuestra España, Renacimiento? Mero pleito de nombre. Lo mismo podemos decir que hubo Remuerte”. En *Culto al porvenir*, sobre el renacimiento en la arquitectura salmantina, comentando y citando *El solar de la raza* (Buenos Aires 1913), del argentino MANUEL GÁLVEZ; O.C., VIII, 676.

¹⁷⁸ *Don Marcelino y la esfinge*; O.C., V, 507.

lítica y carece de grande y eterna importancia, sino que habían perdido la fe rigurosamente religiosa, la esperanza más bien, como consuelo del delito mayor del hombre, que es, según Calderón, el de haber nacido. Don Marcelino no vio que la Iglesia católica española, la clerical, la de la Contrarreforma, la jesuítica, se constituyó en policía, y no vio las desesperaciones a que conducía a los espíritus renacientes, reformados y revolucionados, la incertidumbre de su propio destino y de su vocación íntima.

Nuestra decadencia

Durante la guerra europea, cuando tanto le pesaba la neutralidad, y estimándola un tanto hija de ese pasado aislacionista a su vez engendrado por esa nuestra incompatibilidad con la Europa moderna, estaba más propicio a tomar por la vía negativa de su pensamiento historiográfico, don Miguel, mostrándose de acuerdo con Benedetto Croce en el paralelismo de las decadencias hispana e italiana, y en la injusticia de culpar de la segunda a la primera, daba por bueno que nuestra "mala prensa" ultrapirenaica se había, efectivamente debido, a nuestro reaccionarismo¹⁷⁹. Pero, en cuanto a las causas de tal maledicencia, no siempre opinó así, ni mucho menos¹⁸⁰. Y sobre aquella decadencia ya sabemos que a veces no la estimó tal, dada su escala teológica, aunque individualista, de valores. En todo caso creyóla merecedora de sus elegías. Recordamos el poema *Al escultor Emiliano Barral*, de otro hombre del 98, Antonio Machado, al lamentarse de "la agria melancolía — de una soñada grandeza, que es lo español, — fantasía, con que adobar la pereza", aparecida en su mismo busto labrado por el artista y a medida que lo iba siendo, cuando leemos esta impresión pictórica¹⁸¹:

En el Carlos II de Carreño se ve no poco del Carlos I del Ticiano, su tatarabuelo. Intímadamente es el mismo; ¡pero qué enorme distancia del uno al otro! La que va del sueño del Renacimiento, soñado por un italiano, a la pesadilla de nuestra decadencia, sufrida por un español.

¹⁷⁹ *La decadencia hispano-italiana*; O.C., V, 158.

¹⁸⁰ Cf. en *Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana*, su acorde con *Carácter de la literatura del Perú independiente*, de JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO (Lima 1905), sobre el equívoco de ser juzgados los españoles todos sólo "a través de los siglos XVI y XVII, y a través de Castilla... Apenas quieren darse cuenta del espíritu de otras castas no castellanas en la península y del espíritu de esa casta misma en cuanto no comprimido y en buena parte falseado por el proceso histórico que arranca del reinado de los Reyes Católicos" (O.C., III, 1067). Cf. sus otras atrás expuestas opiniones en cuanto a la índole popular del proceso mismo. Sobre el sambenito europeo de nuestros valores actuales, sean de uno u otro color, *El pedestal*; O.C., IV, 674, en *Soliloquios y conversaciones*. Sobre "el delito" de la pobreza en la España de los Austrias, *La ley del encaje*; O.C., V, 774.

¹⁸¹ *En el Museo del Prado. Ante el Carlos II de Carreño*; O.C., XI, 615.

Europeización y hecho diferencial

Ya hemos oído a don Miguel proclamar la evidencia de la forzosa europeización española. Terminando casi *En torno al casticismo*¹⁸³, había ya sentado como “a despecho de aduanas de toda clase, fue cumpliéndose la europeización de España, siglo tras siglo, pero muy trabajosamente y muy de superficie y cáscara”. Y en el concierto europeo, acorde por otra parte con sus preferencias estéticas y antes que nada vitales, aunque “unen y separan a España del resto de Europa los Pirineos, y con ella nos hemos comunicado casi siempre por mediación de Francia, aparte de la época en que mantuvimos relaciones directas con Italia, cuyo influjo tan grande fue en nuestra literatura” sentía¹⁸³ que:

Y este nuestro pueblo piensa y siente en oposición bastante radical al francés. El español no es, como el francés, sensual y lógico; no son distintivos nuestros ni la regularidad ni el orden en el pensar, ni la *joie de vivre* en el obrar. Por eso nuestros genios han sido mejor que en Francia comprendidos en Inglaterra¹⁸⁴ donde se gusta del *Quijote* tanto o más que en España, y en Alemania, que exaltó a nuestro Calderón. En Francia no ha habido verdaderos escritores místicos...

Para don Miguel, acaso un tanto extrapolando, para el que habló de “la voz abismática y eterna de mi casta cartujana”, al prologar un libro poético de Salvador de Madariaga, el hecho diferencial del resto de Europa un poco, pero sobre todo de la Francia vecina y con ella mediadora, estaba en nuestro ascetismo¹⁸⁵:

Y para mí una de las cosas más tristes para España sería que los españoles pudiésemos volvernos frívolos y joviales. Entonces dejaríamos de ser españoles para no ser ni europeos siquiera. Entonces tendríamos que renunciar a nuestro verdadero consuelo y a nuestra verdadera gloria, que es eso de no poder ser frívolos ni joviales... Entonces tendríamos

¹⁸³ O.C., III, 297.

¹⁸³ O.C., XI, 67 y 70; *Afrancesamiento*. Su francofobia, incluso durante la guerra, aunque sin involucrar sus simpatías en ésta, en *Nada de pretensiones*; O.C., X, 365. Sobre nuestro retraso técnico, *Puñado de verdades no paradójicas (Regenérrese cada cual)*; O.C., XI, 205. Interesa también aquí *Borrow y la xenofobia española*; O.C., VIII, 756.

¹⁸⁴ Comenzando por el de Unamuno mismo. Un detalle. Durante el año de su centenario, escribimos nosotros a Daniel Rops, entonces director de la revista de París *Ecclesia*, proponiéndole que conmemorase con algún artículo la efemérides. Nos contestó inmediatamente ofreciéndose a hacerlo personalmente él mismo. Al poco rectificaba, excusándose por no conocer para ello lo suficiente a don Miguel, como tampoco sus colaboradores coterráneos disponibles.

¹⁸⁵ *Sobre la europeización. Arbitrariedades*; O.C., III, 1114. En el mismo sentido *En la tumba de Costa. A la más clara memoria de un espíritu sincero*; O.C., III, 1139: “No nos satisface esta vida y es inútil que queramos traducir la *joie de vivre*. El anhelo de sobrevivir nos la mataría”.

acaso mejores vinos, vinos más refinados, aceite menos áspero, mejores ostras; pero habríamos de renunciar a la posibilidad de un nuevo *Quijote* o de un Velázquez, y, sobre todo y ante todo, a la posibilidad de un nuevo San Juan de la Cruz, de un nuevo Fray Diego de Estella, de una nueva Santa Teresa de Jess, de un nuevo Iñigo de Loyola, ortodoxos o heterodoxos, que para el caso es igual.

Nuestra literatura en un contexto histórico

A pesar de su pasión por el idioma, y su frecuentación de nuestros clásicos y modernos, cierto que no con exclusividad, don Miguel no fue un entusiasta de nuestras letras. Así escribía a Teixeira de Pascoães en 1934¹⁸⁶:

Dicen que nuestra patria común ibérica, su Portugal y mi España —Hispania fue para los romanos toda la península—, es tierra de oradores. Aunque haya franceses que digan que todo escritor español es un orador por escrito. No creo, pues, que nuestro común solar peninsular sea solera de oradores, ¡pero qué pocos y qué pobres corresponsales! ¡Qué pobreza de epistolarios! Y a la vez de autobiografías y de memorias íntimas. ¿A qué se deberá esto?

Y si venimos a las crónicas, ¡qué sequedad! ¡Qué rara vez aparece el hombre íntimo, el hombre de carne y hueso! Sobre todo en las crónicas castellanas. Las portuguesas y las catalanas son más líricas. Las portuguesas, hasta elegíacas.

Para el rector de Salamanca, nuestra literatura se mueve en una oscilación que, sin embargo, le agrada, entre el naturalismo y el espiritualismo, y así son un símbolo de toda ella las figuras del que el llamó, sin más, el libro¹⁸⁷:

Así como dos son las figuras que juegan en nuestra gran epopeya novelesca nacional, del *Quijote*, que son don Quijote y Sancho, así dos tendencias en mutuo juego impulsan nuestra vida literaria. Y así como don Quijote y Sancho, lejos de contraponerse, se complementan y perfeccionan, teniendo aquél algo de sanchopancesco¹⁸⁸ y éste, Sancho, no algo, sino

¹⁸⁶ O.C., XI, 1024-25. Una cierta valoración, *a sensu contrario*, en el prólogo a la primera edición de *Amor y pedagogía*. Para las diversas caracterizaciones propuestas para la literatura española, desde Milá y Fontanals en la Universidad de Barcelona el 1865 hasta Menéndez Pidal, véase éste, prólogo a la *Historia general de las literaturas hispánicas*, dirigida por Guillermo Díaz Plaja (Barcelona 1949) pág. XV. En cuanto a ese "escila y caribdis" que vio en ella Dámaso Alonso, sin decidirse por lo popular o lo culto como dominantes, frente al claro popularismo democrático propugnado por don Ramón, notemos que don Miguel no establece, en ciertos estudios como el del *Poema del Cid*, diferencias entre una y otra manera. Véase en su trabajo sobre Martín Fierro que ya citábamos atrás; O.C., VIII, 59 y 61. No encuentra una diferenciación andaluza, en *Andología*; O.C., VIII, 708.

¹⁸⁷ *El Greco*; O.C., XI, 596.

¹⁸⁸ Notemos que este es el sentido del comentario todo al *Quijote* de Madariaga.

mucho de quijotesco —más heroísmo supone siendo cuerdo dejarse llevar por un loco, que siéndolo, arrastrar cuerdos—, así estas dos tendencias se completan y perfeccionan. La una, la naturalista, va a parar a la novela picaresca y luego a nuestra epopeya burlesca, al *Quijote*, y la otra, la espiritualista, va, por los autos sacramentales, a nuestra dramaturgia y a la mística. Pero en nuestro teatro entran también elementos novelescos, y no pocos¹⁸⁹.

Aun siendo él mismo un creador, y desdeñoso incluso en ámbitos mucho más alejados de todo economicismo que las bellas letras de los aspectos utilitarios, ese mismo buen sentido que venimos admirando en su sentimiento y pensamiento histórico, no abandonó tampoco en su consideración de la literatura, concretamente de la nuestra clásica. Y así escribía¹⁹⁰ *En torno al casticismo*:

Nuestra literatura clásica castiza brotó cuando se había iniciado la decadencia de la casa de Austria, al recogerse la idea castellana, fatigada de luchar y derrotada en parte, al recogerse en sí y conocerse, como nos conocemos todos, por lo que había hecho, en el espejo de sus obras, al volver a sí del choque con la realidad externa que la había rechazado después de recibir señal y efecto de ella.

... Sí, su vida fue sueño espléndido en que se desató con generosa braveza, atropelló cuanto se le puso delante, arrojó por el balcón a quienes no le daban gusto, y se vio luego otra vez en la caverna.

Y llega a sostener que esa floración literaria —y pictórica que expresamente se acuerda, olvidando la musical, por su alejamiento de ella— nos impide hablar con propiedad de decadencia¹⁹¹:

Y todo aquello que se llama —no sabemos por qué— la decadencia de la casa de Austria en España y la decadencia de España, ¿qué era sino sueño de acción y “noluntad” —no voluntad— o desgana de obrar? ¿Decadencia? ¿Decadencia con Cervantes, y Quevedo, y Lope de Vega, y Calderón, y Velázquez, y... y...?

¹⁸⁹ En *Teatro de teatro* (O.C., XI, 499) niega nuestra inadaptación al teatro de ideas: “Ahora han dado en decir que el teatro de ideas no es para nuestro pueblo, y en oponerle el de sentimientos. ¡Como si el sentimiento pudiese exteriorizarse de otro modo que por ideas! Lo que hay es que gran parte de nuestro público —no digo de nuestro pueblo, que es otra cosa— repugna los que llamaría sentimientos intelectuales, porque ni siente la inteligencia ni entiende el sentimiento. No tiene más que instintos. No es el teatro de ideas lo que nuestro público rechaza, sino el de ciertas ideas, que le hacen daño. Drama de ideas, y bien de ideas, era *La vida es sueño*... Drama de ideas, y bien de ideas, es *El condenado por desconfiado*... ¿Y cabe acaso teatro más de ideas que el de nuestros clásicos autos sacramentales?”

¹⁹⁰ O.C., III, 207.

¹⁹¹ *Mandarines y no mandones*; O.C., V, 100. Sobre la índole nacional de Calderón, frente a la popular de Lope, *La regeneración del teatro español*; O.C., III, 353.

Y que los tiempos habían, en el suyo cambiado, y no en mejor, en cuanto a la fecundidad del extorno como suministrador de temas de inspiración¹⁹²:

Alzóse nuestro clásico teatro cuando andaba el pueblo español a tajos y mandobles por Italia, Flandes y América; y hoy, que vivimos encerrados en la monótona y rutinaria existencia de nuestra vieja hacienda, ¿cómo vamos a suplir aquella riqueza de vida? ¿Contaremos los chismes de nuestras tertulias, los bostezos de nuestros casinos?

Sin embargo, aquí pecó don Miguel de pesimista y duro con sus coetáneos. El profesor José María Jover ha podido muy bien bautizar como nuestra edad de plata, la época que los aglutina.

Recapitulemos

De todos los hombres de su generación, don Miguel fue el más ecuménico. El contenido de su mensaje fue religioso, universal a la fuerza. Por eso, no cabe duda de que la coexistencia en él de tal nota dominante con una pasión siempre encendida por su país, y no ya sólo un dominio, sino una complacencia en las posibilidades de su idioma, es uno de los más atrayentes aspectos de su genio.

Decíamos que no estimó preferentemente nuestra literatura. Al contrario de algunos de sus panegiristas como Menéndez Pidal, con debilidades incluso por notas de la misma objetivamente negativas en tal plano, cual la falta de imaginación en la épica, él señaló sus lagunas. Y desde su retiro salmantino, viajando continuamente a través de su biblioteca y su epistolario, fue ahondando su conocimiento y su amor de las otras letras europeas y americanas. Para leer a Kierkegard había aprendido de muy joven el danés, el único diario que leía regularmente era de Atenas, y se lamentaba de tener que recurrir traducido a Dostoieusqui —lo escribimos como él gustaba— ante sus lectores de *Ahora*, su postrera y acaso la más jugosa de sus tribunas. Se dio, por lo tanto, en su mundo, una plena ecuación entre ese el universalismo esencial de sus inquietudes escatológicas, y este otro más de sobrehoz de sus lecturas y contactos humanos.

¹⁹² *Los cerebrales*; O.C., XI, 93. En *Examen de conciencia* (O.C., XI, 96) hace suya la tesis, para la génesis de la picaresca, de *Romances of roguery*, de FRANK WADLEIGH CHANDLER, según la cual "así como el valor del paladín fue reemplazado por la astuta cobardía del ratero, así la guerra contra monstruos y encantadores sucumbió al común conflicto contra el hambre y la sed". Para la inspiración de sus días, una ojeada retrospectiva: "Carecemos de la rica experiencia que sacaban los castizos aventureros de nuestra edad del oro de sus correrías por Flandes, Italia y América y otras tierras, aquellos que vertían en sus producciones el fruto de una vida agitadísima, de incesante tráfigo, y no sustituimos esta experiencia con otra alguna"; *En torno al casticismo*; O.C., III, 295.

Tal ecuación, sin embargo, no tuvo lugar en el plano geográfico, el paisajístico por así decirlo¹⁹³. Las impresiones unamunianas de viaje son obras maestras en el género, dentro de cualesquiera literaturas, y cuentan entre lo más íntimo, jugoso y sugerente de su polifacética obra. Leyendo *Por tierras de Portugal y de España* y *Andanzas y visiones españolas* salimos con una predominante experiencia, que no es otra que la del conocimiento de su complejo autor. Y ya es bastante. En cambio, nada parecido nos legó para paisajes ultrapirenaicos. Sus viajes por allá fueron escasos y para sus posibilidades poco aprovechados, para esas inmensas posibilidades a las que nos tenía acostumbrados al devorar nuestra geografía peninsular¹⁹⁴.

La geografía, y a la par, y llevado de su mano amorosa —nunca dejaba de pensar el escritor bilbaíno que su regazo iba a acoger sus huesos humillados— la historia que por esa enmarcar se dejara. El 19 de julio de 1936 —¡preñada data!— publicaba en *Ahora* el último de sus artículos, *Emigraciones*¹⁹⁵. Y allí nos confesaba con la vista atrás, hasta su infancia de la villa, “en mi Bilbao, hace más de sesenta años, cuando íbamos a salir de modestísima excursión a una landa de Begoña”: *Andar y ver*—se dice. Y el que esto os dice ha publicado una colección de relatos de excursiones con el título de *Andanzas y visiones españolas*. Pero es más lo que ha soñado que lo que ha visto. Y sobre todo lo que ha soñado ver. Y cada vez más se recrea-se re-crea, en el sentido originario, se vuelve a crear a sí mismo —viajando no por el espacio, sino por el tiempo...—. Sólo re-crean el alma los viajes por el tiempo. Y por el tiempo íntimo, por el tiempo de los recuerdos personales”, como cuando él volvía a su dicha “landa verde de mi niñez a viajar por años de recuerdos, por recuerdos de años”.

Esta postrera confesión nos autoriza a tener las meditaciones históricas unamunianas por hijas en buena parte de sus efusiones ante la tierra en que tuvieron lugar los sucesos clamorosos del pasado y, sobre todo, se desarrolló la vida mansa de sus hombres silenciosos. De su frecuenta-

¹⁹³ ¿Será posible alguna ecuación entre el paisaje como objeto de la ciencia geográfica y cual tema literario? Brindamos a quienes interese esta posibilidad, que nos fue sugerida a través de las lecciones, en nuestras inolvidables singladuras universitarias valencianas, del Profesor Antonio López Gómez.

¹⁹⁴ Cf. lo que escribiera él mismo rondando el tema: “Creo saber respecto a tierras y pueblos que no he visitado merced a relatos ajenos, mucho más que los reladores no saben y que yo mismo no sabría si los hubiese visitado. Era maravilloso lo que de tierras y pueblos —de geografía, de antropología, de etnología— supo aquel solitario Manuel Kant, que apenas si salió de su nativo Königsberg. Y es curioso saber que aquel Julio Verne, que cuando niños nosotros nos encendió la fantasía con sus relatos de viajes por todo el mundo, fue un escritor casero y recogido que apenas se movió de su villa natal... Cuando este año vi por primera vez Londres y la abadía de Westminster, los reconocí como acostumbrados recuerdos”;

¹⁹⁵ Es el citado en la nota anterior.

ción con nuestra literatura historiográfica —y también con la foránea, por descontado— huelga hablar¹⁹⁶.

Español apasionado, gustoso además de comunicar a sus coterráneos esa su pasión y sus pasiones por ella cada día engendradas, no sólo consciente sino enamorado de su papel de *excitator Hispaniae*, y viajero, a través del espacio o de su casero sosiego, por el tiempo de su país, el rector de Salamanca había de legarnos a la fuerza un acervo de sugestiones sobre nuestra historia, como hemos visto hizo.

Pero a la hora de tener en cuenta su contenido, nos sale al paso otra cualidad, y es la de protagonista de la historia de sus días mismos que don Miguel tuvo, desde los primeros años del reinado de Alfonso III niño hasta los primeros días del General Franco. Unos comienzos socialistas y unos postrimeros y leves asomos nacionalistas nos aparecen, a lo largo de tan larga trayectoria¹⁹⁷, como anécdotas nada más sobre un ininterrumpido fondo liberal¹⁹⁸. El pensamiento unamuniano nos resulta así mucho más coherente que el de la mayoría acaso de sus compañeros generacionales¹⁹⁹, en este plano político, ya que no en el religioso.

Esta su intervención en la vida política del país, de un lado, y de otro, su constante inquietud histórica, a la fuerza, en una personalidad como la

¹⁹⁶ Véase en estos mismos *Cuadernos* nuestro artículo *Unamuno y la historiografía*, XXII (1972) 149-84.

¹⁹⁷ Recomendamos el atento examen de la extensa y profusamente introducida recopilación de ELÍAS DÍAZ: *Unamuno. Pensamiento político* (Madrid 1965), para el tema denotado por el título y un poco también para el nuestro. Contiene textos no recogidos en *O.C.*, cuya publicación íntegra, por cierto, es una tarea urgente en la que no nos cansamos de insistir. No es posible que la desaparición del benemérito don Manuel García Blanco suponga la paralización de su ejemplar empresa.

¹⁹⁸ Notemos en sus últimos años dos textos en *Ahora* que recoge Elías Díaz en su libro citado en la nota anterior: el 27 de diciembre de 1933, *Machaqueo*: "Y con esto nos encontramos otra vez con el régimen liberal, con el liberalismo, que es pecado "en todos sus grados y matices", que decía Sardá y Salvany, el autor del "áureo librito". Y con ese régimen no cabe transigencia por parte de los netos tradicionalistas, sino machacarle. Y machacarle al liberal" (aludía a la "transigencia con el liberal" de Fray Zeferino González, el que también lo hizo con el darwinismo, frente al "machaqueo" del clérigo de Sabadell, según los cotejara un fraile a su presencia). Y seguía: "No, no es restauración, no es renovación de tradiciones lo que esos supuestos renovadores buscan, sino venganza y desquite. Y vuelta, sólo que del otro lado, al machaqueo de las llamadas responsabilidades. ¿Será que aquello que Cánovas del Castillo llamó la constitución interna de España no sea más que el estado de permanente guerra civil? ¿De esta guerra civil que aquel antiguo republicano —de los primeros, en orden de tiempo, en España— que fue Romero Alpuente declaraba ser "un don del cielo"? El 26 de diciembre de 1934, *Reflexiones actuales*, VII: "*Ahora me siento remozado y como si me hubiesen quitado de encima cuarenta años. Vuelvo a sentir el dichoso pecado —"feliz culpa" dice la Iglesia— del liberalismo. Oigo que un heredero de aquellas ingenuidades propone que se declare fuera de la ley a la masonería, ¡como si estuviese en ella! Y oigo que para un cargo se habla de un candidato anti-masónico. Decididamente, nos está haciendo falta el latín del R. P. García Ocaña, S. J.*". En las págs. 776-77 y 820-21 respectivamente.

¹⁹⁹ Véase su entrevista en *Ahora*, el 19 de abril de 1935, al ser nombrado ciudadano de honor de la república, sobre su asistencia al mitin "fajista" de Salamanca; en DÍAZ: *Unamuno* cit., pág. 826.

suya tan rebelde a todos los encasillamientos, y laborada sin descanso por el irresuelto problema escatológico, habían de producir una cierta exacerbación de sus contradicciones vivientes. Y buen número hemos visto en la selección que antecede ²⁰⁰.

¿Nos sentiremos, a su vista, frustrados en nuestros propósitos de ofrecer una síntesis de lo que don Miguel pensó y sintió de las *gesta Dei per Hispanos*? En modo alguno. Nuestro rector fue un agonista crónico. Su laboreo, trágicamente inconsecuente y por eso más vivo, del pasado de esta su tierra y la nuestra que tanto amó, no fue sino una de las, esta vez consecuentes, manifestaciones de ese su fecundo agonismo.

ANTONIO LINAGE CONDE

Sección de Historia
Facultad de Filosofía y Letras
Salamanca, enero de 1973

²⁰⁰ Termina Díaz su estudio preliminar a su *Unamuno* cit., pág. 78: "El cansancio, el nihilismo último de Unamuno será su reacción más radical ante la comprensión de la realidad, ante el repetido choque infructuoso con la irracionalidad y con la contradicción; y, junto a ello, su actitud de protesta individual, de rebeldía solitaria, el "no" ineficaz y contradictorio, pero, en todo caso, sentido como necesario para una última y mínima justificación".